BOLSILIBROS

TERROR

SERIE

SELECCION TERROR

Selección

TERROR

EL ESCULTOR DE LA MUERTE

CLARK CARRADOS



De repente le pareció que no estaba solo en la cama.

Además, había en la estancia un olor extraño, como de algo mohoso, una especie de hedor no demasiado pronunciado, aunque lo suficientemente desagradable para arrugar la nariz.

Dodd volvió la cabeza.

Inmediatamente, se puso a temblar.

Reconoció el peinador de tules blancos. Pero la prenda cubría ahora lo que parecía una momia.



Clark Carrados

El escultor de la Muerte

Bolsilibros: Selección Terror - 112

ePub r1.1
xico_weno 29.08.16

Título original: *El Escultor de la Muerte*
Clark Carrados, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Llovía torrencialmente y el conductor del automóvil empezó a maldecir tanto su mala suerte, como su escasa habilidad para interpretar los mapas de carreteras. Ahora estaba completamente seguro no sólo de haberse equivocado de camino, sino de seguir uno que no le llevaría, al menos en aquella noche infernal, a su punto de destino.

Richard Dodd trató de traspasar con la vista la espesa cortina de agua que a duras penas apartaban los limpiavidrios del cristal del parabrisas. El hecho de que el frío no fuese excesivo, sólo el corriente en una noche de finales de setiembre, no contribuía precisamente a mejorar su estado de ánimo.

La carretera estaba absolutamente desierta. Dodd empezaba a pensar ya en detenerse a un lado para consultar nuevamente el mapa, cuando de pronto, entre la espesa cortina de agua que caía de las alturas, creyó divisar una luz.

Avanzó un centenar de metros más. Sí, allí había una casa… y no era la única, según pudo apreciar rápidamente a la luz de los faros del coche. Pero en la casa donde había visto luz, se divisaba también la muestra de una taberna, según parecía: un gran oso, balanceándose levemente con el viento, suspendido por dos cadenas del brazo de hierro que sobresalía de la pared del edificio.

El título de la taberna sólo podía ser uno, por tanto: El Oso Real. Dodd procuró acercar el coche a la casa todo lo posible y luego, de un salto, salvó la distancia entre el vehículo y la puerta de la taberna.

Entró en el local. Estaba absolutamente desierto.

En uno de los lados divisó el blanco con los dardos clavados de forma irregular. Había cuatro o cinco mesas y taburetes y, en un extremo, una panzuda estufa que despedía un grato calorcillo.

Dodd se bajó el cuello del impermeable y se quitó el sombrero, para sacudir las gotas de lluvia que aún quedaban en la prenda. De súbito, oyó una gruesa voz a sus espaldas.

—¿En qué puedo servirle, señor?

Dodd se volvió en el acto.

—Ah, hola, buenas noches —sonrió—. ¿Puede ponerme un *whisky* doble, por favor?

—No faltaría más —dijo el impasible tabernero, de rostro alargado y espesas patillas, que le conferían el aspecto del cochero de una carroza fúnebre—. Su *whisky*, señor —añadió, momentos después.

Dodd se acercó al mostrador.

—Creo que me he perdido —manifestó, mientras consultaba el reloj—. Y lo peor de todo es que ya es demasiado tarde. Dígame, amigo…

—Gillespie, Stan Gillespie, señor —dijo el tabernero cortésmente —. Puede usar el nombre solamente, como todo el mundo.

—Muchas gracias, Stan. Yo soy Richard Dodd y… Bien, como decía, me he perdido y ya es un poco tarde. Quizá me indique usted dónde está la posada de este pueblo, a menos que usted se dedique también a esos menesteres.

—Lo siento, señor —contestó Gillespie—. No dispongo de camas para huéspedes en mi taberna. Por otra parte, aquí, en Shammax Village, tampoco hay posada. Es una localidad muy pequeña, apenas si tiene una docena de casas y una posada no resultaría un negocio rentable.

Dodd suspiró.

—Preveo que habré de quedarme a dormir en una silla… o bien en el suelo, cerca de la estufa, si usted es tan amable de prestarme una manta —dijo.

—Si el señor lo desea así, no tendré inconveniente en complacerle —contestó Gillespie el tabernero—. Pero, en su lugar, yo me dirigiría a Rothermere Castle. La dueña, como ya ha hecho en alguna ocasión, no dudaría en cederle una de las habitaciones de su residencia.

—Oh, Rothermere Castle… ¿Está muy lejos eso, Stan?

—A unos cuatro kilómetros, siguiendo la misma ruta que hasta ahora, señor Dodd. Pero a los dos kilómetros de abandonar la aldea,

encontrará un desvío a la izquierda. Ese camino le conducirá directamente a Rothermere Castle.

—¿De veras cree usted que la dueña me concederá alojamiento por esta noche?

—No hay duda en absoluto, señor Dodd. La señora Shainee es muy amable y, todo hay que decirlo también, una auténtica belleza.

Dodd creyó ver una chispita de malicia en los ojos del tabernero. En el primer momento, había dudado en aceptar su consejo, pero al oír las últimas palabras decidió que, a poco que pudiera, pasaría la noche en Rothermere Castle.

—Perfectamente, Stan, le quedo muy agradecido por sus indicaciones. Por favor, ¿quiere decirme cuánto le debo?

—Tres chelines, señor.

Dodd depositó la suma indicada, a la que añadió una buena propina. Luego, dirigió al tabernero una jovial sonrisa.

—He tenido mucha suerte al tropezar con esta taberna —dijo—. Cuando mejore el tiempo, volveré un día de excursión por aquí.

—El señor será siempre bien recibido —contestó Gillespie gravemente.

Dodd abandonó la taberna. Seguía lloviendo a torrentes. En el mostrador, Gillespie permaneció inmóvil, hasta que vio alejarse los faros del automóvil que había al otro lado de las ventanas.

Entonces, dio media vuelta, entró en una habitación situada al otro lado de la barra y levantó un auricular telefónico.

Esperó unos momentos. De pronto, oyó una voz:

—¿Sí?

—Gillespie. Les envío un cliente.

—Gracias.

—No se olviden de la comisión. La del último cliente se retrasó mucho en llegar.

—Mañana mismo tendrá su dinero.

Gillespie colgó el aparato. Durante unos segundos, se quedó pensativo.

Algo le iba a suceder al forastero en Rothermere Castle. No sabía qué era y le hubiera gustado conocer la verdad, pero, por otra parte, las cincuenta libras que iba a recibir, amordazaban por completo su sentido de la curiosidad.

—Lo lastimoso es que no vengan clientes con más frecuencia —

murmuró el tabernero para sí, mientras volvía el teléfono a la horquilla.

* * *

Un cuarto de hora más tarde, Dodd comprobó que Gillespie no había exagerado en absoluto.

La propia señora Shainee había abierto la puerta de su mansión. Dodd, con el sombrero en una mano, y el maletín en la otra, contemplaba casi pasmado a la beldad que tenía ante sí.

—Señora… yo… Stan Gillespie me recomendó que viniera aquí…

—Lo sé —contestó ella con voz que al forastero le pareció de ángel—. El señor Gillespie ha tenido la bondad de prevenirnos de su llegada, señor Dodd. Pero tenga la bondad de pasar, por favor, en la sala hay un buen fuego y podrá calentarse y secarse, mientras mi criado le prepara la habitación.

—Señora, no sé cómo darle las gracias…

—No se preocupe —sonrió la mujer, mientras Dodd se quitaba el impermeable para dejarlo, junto con el maletín, sobre una silla del vestíbulo—. Tenga la amabilidad de seguirme, se lo ruego.

—Sí, señora.

Dodd caminó detrás de la mujer, alta y muy delgada, con suaves curvas en su anatomía que delataban una vital feminidad. Ella vestía un traje negro, largo, sin tela en la espalda y sólo con dos triángulos en el delantero, para cubrir un busto de contornos irreprochables.

La casa era grande, pensó Dodd, bien decorada y con gusto, pero en modo alguno un castillo, como sugería su apelativo. Más bien parecía una antigua residencia campestre, remozada y decorada con los suficientes elementos modernos, para alejar algunos detalles de vejez incompatibles con la época.

Entraron en la sala, grande, espaciosa, en uno de cuyos muros ardía un buen fuego, bajo una campana de chimenea de notables dimensiones. Se agradecía el calor de las llamas, era lo que se dijo Dodd, al acercarse a la chimenea.

Oyó tintineo de copas. La señora Shainee estaba inclinada sobre una mesita con servicio de licores. Luego, ella se acercó al huésped con una bandejita y dos copas, llenas de un líquido ambarino y

perfume agradablemente penetrante.

—Jerez, señor Dodd —dijo ella.

El huésped tomó su copa.

—Por usted, señora —brindó cortésmente.

Ella sonrió con suavidad. Dodd calculó su edad en unos veintisiete años, tal vez uno o dos más, pero no había llegado aún a la treintena. ¿Dónde estaba el esposo que era el dueño legal de aquella arrebatadora beldad?

Era preciso evitar preguntas indiscretas. Gillespie no había mencionado para nada al señor Shainee. Él no lo iba a hacer tampoco, por supuesto.

—Perdón —dijo ella de pronto—, no se me ha ocurrido que quizá podría tener apetito…

—Muchas gracias, señora; tomé un bocadillo en Gowesville, a unos treinta kilómetros de aquí —contestó Dodd—. A los pocos kilómetros de abandonar esa población fue cuando perdí mi ruta.

—Como usted guste.

La señora Shainee no parecía muy locuaz y Dodd se sintió un tanto incómodo. De pronto, ella vio su copa vacía y se la pidió para llenarla de nuevo.

—Siento tantísimo molestarla, señora…

—Oh, no se preocupe. En realidad, vivo sola aquí y la llegada de un huésped siempre constituye una distracción.

—Perdón, pero antes creí haber entendido que había alguien más en la casa.

—Bien, yo no había contado a Elmo, mi criado. Lo que quise decir es…

—Ahora ya la entiendo, señora.

Ella le dirigió una sonrisa de circunstancias, a la vez que le entregaba la copa. Casi en aquel momento, se abrió la puerta.

—Señora, la habitación del huésped está preparada —sonó una voz de profundas tonalidades.

Dodd volvió la cabeza. Estuvo a punto de gritar de asombro al ver al gigantesco sujeto que llenaba con su enorme corpachón el umbral de la sala.

Por supuesto, Dodd había visto jugadores de baloncesto que rebasaban ampliamente los dos metros, pero todos ellos eran hombres delgados y esbeltos. El criado de la señora Shainee era,

además de alto, anchísimo de hombros y con las manos como jamones. Su rostro, en el que destacaban dos espesísimas cejas, tan juntas, que casi parecían un cepillo de negras cerdas bajo la frente, era más bien estólido que inexpresivo.

—Gracias, Elmo —dijo la joven—. Señor Dodd…

El huésped carraspeó.

—Señora, continuamente me pregunto cómo darle las gracias por sus bondades —manifestó—. Realmente, la noche es inclemente y yo…

—No se preocupe más y procure descansar —sonrió ella.

Precedido por el descomunal criado, Dodd subió al primer piso y fue introducido en un vasto dormitorio, en el que había una cama con dosel de sedas rojas. La estancia era lo suficientemente amplia para contener una chimenea, en la que ardía un alegre fuego.

—El señor tiene dispuestos más troncos, por si sintiera frío en el transcurso de la noche —dijo Elmo.

—Muchas gracias, amigo —sonrió Dodd.

«Qué maravilla de hotel», pensó, mientras se desvestía.

Y el servicio era también excelente: Elmo había subido su maletín, con sus objetos de aseo y algo de ropa, ya que pensaba haber pasado la noche en casa de su amigo Jeff Bannister, el escritor.

Al meterse en la cama, pensó que Bannister estaría impaciente por su tardanza.

—No importa —se dijo—. Mañana le «sabrá» mucho mejor el cheque que llevo para él.

Fumó un par de cigarrillos, en el dormitorio alumbrado únicamente por las danzarinas llamas de la chimenea. Luego empezó a sentirse invadido por una dulce somnolencia.

Entonces creyó notar que se abría la puerta.

Una blanca sombra avanzó hacia el lecho. Dodd parpadeó.

—No será un fantasma —murmuró a la vez que, ligeramente espabilado, se incorporaba ligeramente, para quedar apoyado sobre el codo derecho.

Ciertamente, no era un fantasma. Al pasar por delante de la chimenea, Dodd pudo ver recortada una silueta de excepcional belleza. Luego captó las facciones de la señora Shainee.

Ella avanzó hacia el huésped. Pasmado de asombro, Dodd pudo

ver que el hermoso cuerpo de la joven estaba cubierto apenas por un transparente peinador de tules. Sus largos cabellos rubios, antes tan cuidadosamente peinados, aparecían ahora libres y sueltos sobre su espalda.

La mujer se inclinó sobre él.

—Richard —murmuró con voz ardiente.

—Señora…

—Llámame por mi nombre. Carla, Richard.

—Sí, Carla.

—Estoy tan sola… Necesito compañía, Richard.

—Carla… —jadeó él.

—Estoy sola, muy sola, absolutamente sola, Richard.

Dos brazos de marmórea blancura emergieron de los tules. Unos labios rojos, ardientes, buscaron los del huésped.

Dodd sintió contra su pecho el turgente contacto del de Carla. Aquella boca generosa le hizo sentir un vértigo estremecedor, en el que se sumergió para olvidarse de todo. Carla ya no decía nada; simplemente, se había unido a él en el vértigo.

La luz de la chimenea declinó lentamente. Las llamas se convirtieron en rojizo resplandor de las brasas. Luego, éstas se hicieron ceniza.

Dodd despertó a la mañana siguiente, todavía con la mente aturdida por el sueño, pero recordando con plena consciencia lo ocurrido. Si estaba sola, él había aliviado su soledad, se dijo.

De repente le pareció que no estaba solo en la cama.

Además, había en la estancia un olor extraño, como de algo mohoso, una especie de hedor no demasiado pronunciado, aunque lo suficientemente desagradable para arrugar la nariz.

Dodd volvió la cabeza.

Inmediatamente, se puso a temblar.

Reconoció el peinador de tules blancos. Pero la prenda cubría ahora lo que parecía una momia.

¿O sólo era un esqueleto descarnado, con algunos trozos de piel en su estructura?

Al menos, la parte anterior de la calavera asomaba con su macabra mueca de burla, completamente limpia de carne. El pelo tenía ahora un repugnante color pajizo y en algunos trozos del cráneo faltaban enormes mechones.

Las manos que tanto le habían acariciado eran sólo un conjunto de blancos huesos. Asomaban algunas costillas por los costados de una piel cenicienta que parecía caerse a pedazos.

Dodd lanzó un terrible alarido de pavor, a la vez que saltaba de la cama. Durante unos segundos, sin cuidarse en absoluto de su desnudez contempló el espantoso cuadro que se ofrecía a sus ojos desorbitados.

—Estoy soñando, estoy soñando… —se repitió una y otra vez, al mismo tiempo que se golpeaba la cara con ambas manos para despertarse.

Pero no tardó en convencerse de que lo que estaba viendo era la pura realidad. Y entonces, el terror penetró de nuevo en su mente, como una aguda lanza mortal de fuego abrasador.

Gritó otra vez.

Corrió. Roncos alaridos brotaban de su boca, mientras atravesar el corredor.

Al llegar a la escalera, divisó a Elmo parado abajo, al pie, contemplándole con expresión inquisitiva.

—Elmo… la señora Shainee…

—El señor está equivocado —dijo Elmo fríamente—. La señora Shainee murió hace quince años.

Dodd retrocedió un par de pasos. De pronto, sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Cayó, chillando frenéticamente, por un plano inclinado, hasta que se detuvo en algo blando, que amortiguó el impacto casi por completo. Entonces fue cuando divisó la colección de seres humanos.

Un ramalazo de locura se apoderó de su mente. Casi en el acto, notó un olor dulzón, muy penetrante. Las personas que le miraban se multiplicaron miles de veces en pocos segundos, antes de desvanecerse en una negra oscuridad.

Y, entonces, Richard Dodd dejó de ver y de oír, y todas sus sensaciones le abandonaron definitivamente.

CAPÍTULO II

Al moverse un poco hacia su izquierda, Jeff Bannister tropezó con alguien.

—Perdón —dijo.

—No tiene importancia —contestó ella.

Bannister entornó los ojos para contemplar mejor la estatua que representaba a una bellísima mujer, sentada sobre una roca en actitud indolente, como si estuviese a la orilla del mar, extasiada ante el azul del cielo y el movimiento de las olas.

—Es una artista, no cabe la menor duda —dijo.

—Sí —convino la joven.

Bannister volvió la cabeza un momento. El rostro de la chica le pareció conocido.

—Carla Shainee posee un toque maestro —dijo.

—Efectivamente. La estatua es de metal, pero parece llena de vida —agregó la muchacha.

—Además, el contraste entre el color del metal y la piedra en que está sentada resulta realmente agradable —dijo Bannister—. Es una auténtica roca, arrancada a un acantilado situado junto al mar.

—Cierto. Otro escultor habría puesto la roca como un trozo de metal más o un bloque de mármol, si la escultura hubiera sido realizada en este material; pero el mérito de la señora Shainee consiste, precisamente, en haber puesto a su ondina sentada sobre una auténtica roca de mar.

—¿Qué me dice del metal? Según el programa de la exposición, es oricalco, el metal cuya fórmula se perdió con el hundimiento de la Atlántida, hace miles de años. ¿Opina usted que la señora Shainee ha redescubierto esa fórmula, señorita…?

—Charlene Brigh, señor Bannister.

El joven se volvió, vivamente sorprendido.

—Ah, me conoce usted —exclamó.

Charlene sonrió. Era una encantadora joven, de pelo muy negro y corto, ojos grises y silueta con numerosos atractivos, que se revelaban incluso bajo el impermeable que vestía, debido al tiempo poco clemente.

—Aparte de que he visto algunas fotografías suyas en los periódicos, he leído también su última novela, RAZÓN DE ESTADO MENTAL.

Bannister respingó.

—Pero… ¡si todavía no ha sido publicada! —dijo, atónito.

Charlene se ladeó un poco para contemplar mejor el rostro de la estatua.

—Es curioso —dijo—. Me recuerda a una amiga, a quien hace tiempo que no veo…

Luego se volvió hacia el joven y sonrió una vez más.

—Formo parte del comité de lectura y de cuentas de Greyner Sons —manifestó—. Nos hemos visto un par de veces en la editorial, pero usted no reparó en mí, señor Bannister.

—Inconcebible. Pasar por su lado y no reparar en usted, es un terrible pecado, para obtener cuyo perdón estoy dispuesto a pagar la penitencia que usted me indique.

—No exagere, señor Bannister —rió la muchacha—. En aquellas dos ocasiones, usted sólo tenía ojos para la hermosa señora Brownell. Y me parece lógico, puesto que es muy guapa.

—Tan guapa como inconstante. Después de haberme dado infinidad de esperanzas, el viento de sus sentimientos cambió diametralmente de dirección. Aunque siga al frente del departamento administrativo de *Greyner and Sons*.

—Lo hace bastante bien —admitió Charlene, a la vez que se inclinaba como en la ocasión anterior, para contemplar la cara de la estatua en mejores condiciones—. Sigue pareciéndose a una amiga mía —añadió.

—¿De veras lo cree así? —preguntó Bannister.

—No hay duda. Diríase que la propia Mary Burns sirvió de modelo… Se lo preguntaré a ella en cuanto tenga ocasión.

—Usted también podría haber servido de modelo. En ese caso, yo habría comprado la estatua.

Charlene le miró de soslayo.

—Mi figura no tiene nada de escultural —contestó.

—Todo depende de los ojos con que se la mire —sonrió él.

—Sátiro —murmuró Charlene—. Pero, mire, ahí viene la autora de estas obras…

Seguida por un par de periodistas y un fotógrafo, una hermosa mujer, de unos treinta años, alta y muy rubia, vestida con exagerada sofisticación, se acercaba al lugar donde se encontraban los dos jóvenes. Algunos de los asistentes a la expedición, se acercaban a la rubia con los programas en la mano, a fin de que ella les estampase su autógrafo.

—Señora Shainee. —Llamó Charlene de pronto.

La rabia se volvió al sentirse interpelada. Bannister observó que su pelo, de tan claro, casi parecía blanco, lo mismo que la epidermis del rostro, aunque en ésta se advertían unas levísimas tonalidades rosadas. Sin embargo, sus pupilas eran absolutamente negras, como grandes cuentas de un collar de azabache, lo que constituía un contraste sorprendente en el conjunto de la fisonomía.

—¿Puedo servirle en algo, señorita? —preguntó Carla.

—El señor Bannister y yo admirábamos su Ondina, la que, dicho sea de paso, nos parece una obra maestra. Pero yo opino que la figura tiene el rostro de una amiga mía, llamada Mary Burns. ¿Puede decirme si Mary Burns le sirvió de modelo para la estatua?

Las finas cejas de Carla se alzaron.

—No recuerdo ninguna Mary Burns, señorita —contestó. De pronto, miró al acompañante de Charlene—. Usted es Bannister, el famoso autor de VÉRTIGO A RAS DEL ASFALTO —añadió.

—Tengo el dudoso honor de ser autor de una obra tan detestable, por lo que ruego retire el calificativo de famoso que no merezco en absoluto, señora Shainee —contestó el joven de buen humor.

—Es una novela que me gustó muchísimo —sonrió Carla—. Adiós, señor Bannister. Señorita…

La escultora se alejó, escoltada por su corte de admiradores. El fotógrafo disparaba placas sin cesar. Bannister y Charlene volvieron a quedarse solos.

—Presuntuosa e impertinente, ¿no cree? —dijo la muchacha.

—En buena parte, su actitud no es sino «*posse*» publicitaria. A lo mejor, lo que más le gusta es cocinar y tener la casa muy limpia,

para cuando llegue el esposo de la oficina.

Charlene se echó a reír.

—Carla Shainee se desmayaría de horror si alguien le dijera de freír un par de huevos —exclamó jovialmente.

—Ése no seré yo, pero, de todos modos, antes hablé de cumplir una penitencia. ¿Por qué no acepta usted tomar una copa conmigo?

—Será un placer —contestó Charlene.

* * *

Dos días más tarde, Bannister recibió una llamada telefónica.

Era Helen Brownell, la directora administrativa de la editorial que publicaba sus libros.

—Estoy preocupada, Jeff —dijo.

—¿Problemas con tu esposo, Helen?

—Oh, no, ninguno. Yo dejé de tenerlos hace tiempo. Ahora son otras las que se preocupan por él y, créeme, no lo lamento en absoluto. Se trata de mi ayudante, Richard Dodd.

—Bueno, si quieres decir que hace tiempo que no sabes de él, yo me encuentro en las mismas condiciones.

—Es que… verás, temo que le haya ocurrido algo. Tenía que entrevistarse contigo para entregarte el cheque con el anticipo y firmar el contrato de tu última novela. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo que le aguardé casi una semana, pero no llegó a mi casa de campo de Farndon Woods.

—Iba a verte por los motivos que he citado. Del cheque no me preocupo, porque era nominal y, además, el Banco me ha informado que no ha sido cobrado, por lo que he dado orden que lo cancelen. Pero han pasado ya tres semanas y no tenemos la menor noticia de Richard.

—¿Has avisado a la policía?

—Sí. Me prometieron investigar, aunque, hasta ahora, no tienen la menor noticia de él. Francamente, Jeff, estoy preocupada.

Bannister sonrió para sí. Helen Brownell era una competente directora administrativa de la editorial, pero también una «alegre divorciada». En la actualidad, Dodd era el hombre que acaparaba sus favores.

—Lo siento, Helen —dijo al cabo—. ¿Qué puedo hacer yo en tu obsequio?

—Nada —suspiró ella—. Pero si tuvieras noticias de Richard, avísame en seguida.

—Quédate tranquila.

Bannister colgó el teléfono. También se sentía preocupado por Dodd, del que no había tenido noticias en más de tres semanas. Se preguntó qué le podía haber ocurrido, para desaparecer como si la tierra le hubiese tragado.

Pero casi en el acto, una segunda llamada le hizo olvidar a su amigo.

—¿Señor Bannister? Soy Carla Shainee… Quizá, aunque sea inmodestia por mi parte, me recuerda usted todavía.

—Señora Shainee, quien la ha visto a usted una vez, no la olvidará en todos los días de su vida, especialmente si es un hombre —contestó el joven con toda galantería y gratamente sorprendido por la inesperada llamada.

Sonó una suave risita.

—Es usted muy amable, señor Bannister —dijo Carla—. La verdad es que estoy muy interesada en tener con usted una entrevista. Voy a pedirle algo, aunque no le obligaré a acceder a mi petición, si usted se niega.

—No creo que pueda negarme a nada que usted me pida, señora —contestó Bannister, halagado e intrigado a un tiempo.

—En tal caso, venga esta noche a cenar conmigo. Charlaremos con más comodidad y sin prisas, a menos que usted las tenga.

—Ninguna prisa, señora, se lo aseguro.

—Es usted muy amable, muchísimas gracias, señor Bannister. Si quiere tomar nota de mi dirección en Londres.

Bannister tomó nota también de otro detalle, aunque Carla no lo había mencionado. «Mi dirección en Londres», había dicho ella, lo cual significaba que poseía, por lo menos, un segundo domicilio. Parecía, lógico, por otra parte. ¿No le sucedía a él lo mismo? Tenía su pequeño apartamento en la capital y la casa de campo, que era donde se encerraba a trabajar, cuando lo necesitaba.

Pero eran detalles menudos, sin apenas interés. Lo realmente importante era que aquella noche iba a estar a solas con la hermosa Carla Shainee, la artista de moda.

CAPÍTULO III

Cuando se disponía a salir de su casa, recibió la tercera llamada del día.

Era Charlene Brigh.

—Tengo que decirle algo, Jeff —manifestó la joven.

—En tal caso, empiece. Me ha pillado en casa por casualidad: ya me disponía a salir, cuando sonó el teléfono.

—Gracias por atenderme. Se trata de Mary Burns. ¿La recuerda usted?

—Pues…

—Es aquella amiga mía, de la que le dije podía haber servido como modelo para la Ondina de la señora Shainee.

—Oh, sí, ahora recuerdo.

—He estado pensando mucho. Tengo, además, el folleto de la exposición de esculturas. La Ondina está reproducida fotográficamente en varias posiciones. Estoy convencida, de un modo absoluto, que Mary fue el modelo de la señora Shainee.

—Bien, pero ¿qué puedo hacer yo, Charlene?

—La verdad… estoy un poco inquieta. He hablado con los padres de Mary y me han dicho que hace ya más de dos meses que no saben de ella. Las últimas noticias que tuvieron se referían a su marcha a una aldea, llamada Shammax Village… ¿Conoce usted esa población?

—No. Sé que está relativamente cerca de mi casa de campo, pero no necesito pasar por allí cuando vengo a Londres. Ni tampoco cuando voy allí. ¿Puedo ayudarle en algo, Charlene?

—Gracias, Jeff. Simplemente… tenía ganas de desahogarme un poco. Discúlpeme si le he molestado.

—No se preocupe, muchacha.

Charlene cortó la comunicación. Bannister frunció el ceño. ¿A

qué venía tanta preocupación por el paradero de Mary Burns?, se preguntó.

Al cabo de unos instantes, se encogió de hombros. Él no podía hacer nada, se dijo.

Y Carla Shainee le estaba aguardando.

La escultora vivía en un departamento de diseño y decoración terriblemente futuristas. Ella misma vestía como una mujer del siglo XXI, con una especie de mono de color negro, de tejido muy suave y liviano, del que adivinó era la única prenda que cubría su cuerpo admirablemente conformado. Al tenderle la mano, Bannister vio cinco uñas de color rojo muy oscuro, rematando unos dedos muy finos, de blancura marmórea.

—No sabe cuánto le agradezco que haya venido —dijo Carla con dulce entonación de voz—. ¿Le apetece tomar algo, hasta la hora de la cena?

—Lo que usted diga, señora.

—Por favor, llámeme Carla. No soy una vieja, me parece.

Bannister suspiró.

—No, no lo es —sonrió.

Carla llenó dos copas y le entregó una.

—Quiero modelar su figura —dijo, sin más preámbulos.

El joven respingó.

—¿Yo? ¿Servirle de modelo? —preguntó.

—Sí, Jeff.

—¿Es cierto que ha descubierto usted la fórmula perdida del oricalco?

—Así es, aunque, por el momento, prefiero no tocar este tema.

—A su disposición, Carla.

—Si accede a posar para mí, la obra recibirá el título de LUCHA CONTRA EL UNIVERSO. Usted aparecerá con las manos desnudas, empujando una gran bola.

Carla habló durante unos minutos, describiendo la obra que había concebido. Al terminar. Bannister dijo:

—En resumen, yo seré una especie de atlante, no un Atlas sosteniendo el mundo, como lo describe la mitología clásica.

—Exactamente. ¿Le parece mal mi idea?

—Me parece muy bien, pero…

—Diga lo que sea, Jeff. Si tiene algún reparo, expréselo sin

remilgos.

—Bueno, supongo que la figura masculina será un desnudo.

—Sí, claro.

—Y yo tendré que posar…

Carla sonrió maliciosamente.

—Si su pudor se siente herido, le permitiré que use un bañador durante las sesiones de dibujo —manifestó.

—Ah, dibujo.

—Claro. Primero, los bocetos en papel y luego el yeso, sobre el que tomaré los modelos para vaciar definitivamente la estatua.

—Comprendo, Bien, no tengo inconveniente en posar para usted, Carla. ¿Cuándo empezamos?

—¿Por qué no cenamos primero, Jeff?

—Una excelente proposición —aprobó él.

Carla se acerco a una de las paredes y tocó un resorte invisible. Un trozo del muro se levantó y, al mismo tiempo, una mesa, ya completamente servida, se deslizo hacia el exterior.

—Encienda las velas, por favor —pidió Carla.

La velada resultó muy agradable. Más tarde, después del café y los licores, Bannister manifestó sus deseos de retirarse.

—¿Tan pronto? —dijo ella.

Estaban sentados en un diván. Carla era una hermosa mujer.

Sus ojos parecían ascuas. Bannister se dejó llevar por el hechizo que se desprendía de aquella hermosa mujer. Cuando se inclinó para besarla, le pareció que se sumergía en un pozo sin fondo.

Despertó horas más tarde, sintiéndose invadido por una deliciosa languidez. A medida que se alejaba el torpor del sueño, pensaba que quizá había cometido una imprudencia. Ciertamente, Carla era muy hermosa, pero tal vez había sido el principio de una relación que podía finalizar de una forma muy comprometedora.

Pero ¿quién se resistía a los encantos de Carla?

Estiró los brazos. De pronto, su mano derecha rozó unos cabellos.

«Carla sigue dormida», pensó.

Volvió la cabeza. Entonces pegó un salto que le llevó a cuatro pasos de la cama. Tropezó con un mueble, lo derribó al suelo y él también cayó a su vez, temiendo por la integridad de su mente.

Todavía a gatas, alzó la cabeza poco a poco. Bruscamente, se

agachó otra vez.

No, no era posible. Estaba bajo los influjos de una pesadilla.

Las últimas copas de vino contenían alguna droga. Lo que estaba viendo no sucedía en la realidad.

Un repugnante olor, mezcla de cosa mohosa y de sustancia en putrefacción, llegó a su pituitaria. Al cabo de unos momentos, logró ponerse en pie.

Quería apartar la vista del lecho, pero una morbosa fascinación le obligaba a contemplar el horrible espectáculo. Aquella cabeza casi descarnada, con sólo unos mechones de pelo en lugar de la frondosa cabellera que tanto había acariciado…

Las costillas asomaban entre jirones de piel. Los huesos de los brazos y las manos asomaban descarnados en su mayoría. En la boca sin labios, la dentadura componía una silenciosa y macabra carcajada.

Durante unos segundos, Bannister pensó que había dormido decenas de años en aquella cama, en la que Carla había muerto. En aquel sueño de lustros, el hermoso cuerpo de Carla se había corrompido y…

Esforzándose por mantener la serenidad, se vistió y echó a correr. La casa estaba desierta. Gritó varias veces, pero nadie contestó a sus llamadas.

Al final, tomó la única decisión que cabía en semejantes circunstancias, dirigirse a la próxima Comisaría de Policía.

Allí hizo un rápido relato de lo ocurrido. El inspector Mac Donald le escuchó con toda cortesía y luego despachó a dos de sus agentes a que investigaran el extraño suceso que le había sido denunciado por aquel atribulado ciudadano.

El apartamento de Carla estaba a cierta distancia de la comisaría. Los dos detectives tardaron casi una hora en volver.

Su informe resultó sorprendente:

—La casa estaba en orden. No había ningún cadáver en el dormitorio de la señora Shainee ni en el resto del departamento. Hemos preguntado en la vecindad y el dueño de una tienda de comestibles que vive cerca, ha dicho que vio a la señora Shainee a las seis de la mañana, subir a su coche, conducido por el chófer. El tendero conoce bastante bien a ambos, aunque no haya tenido trato con ellos. Pero asegura que la señora Shainee estaba apetitosamente

viva…

Bannister se sentía atónito.

—Yo vi su cuerpo descarnado…

En aquel suceso había un enigma, cuya comprensión resultaba fuera de su alcance. Si existía un testigo que había visto a Carla a las seis de la mañana y él se había despertado cerca de las diez, ¿quién iba a creer en sus declaraciones?

El inspector Mac Donald le dirigió unas palabras de afable consuelo y le recomendó visitase a un médico. Bannister se marchó, terriblemente desconcertado.

—Jefe —dijo más tarde uno de los policías que habían investigado la casa de Carla—, ¿qué opina usted de ese individuo?

Mac Donald meneó la cabeza.

—Bannister es un escritor y todos los de su ralea están siempre un poco chiflados. No dudo que pasara la noche en casa de la señora Shainee, pero ella es también una artista. Tal vez se emborracharon juntos, él mucho más, por supuesto, y ella se marchó luego a su casa de campo, dejándolo dormido como un leño.

—Sí, parece lógico —convino el detective.

—Pero quizá hubo algo más que vino… y ese «algo más» fue lo que causó las pesadillas que Bannister creyó realidad.

—¿Drogas, jefe?

Mac Donald hizo un gesto ambiguo.

—Algunos tipos tienen poco con una sencilla y honesta copa de buen licor —dijo sentenciosamente.

* * *

Bannister había podido advertir las irónicas miradas del inspector Mac Donald y de sus subordinados. Creían que se había emborrachado, o quizá algo peor, lo cual había sido la causa de que tomase por una pesadilla lo que él estaba seguro de haber sido algo absolutamente real. Tal vez se trataba de una broma macabra, pero si era así, él no le veía la gracia por ninguna parte.

Durante el resto del día estuvo intentando contactar telefónicamente con Carla, sin conseguir respuesta en ningún caso. Al llegar la noche, había tomado una determinación.

A cada momento que transcurría se convencía más y más de que

todo había sido una broma de horrible gusto. La opinión que tenía de Carla descendió a un nivel bajísimo.

Para una escultora, se dijo, nada más fácil que preparar un cadáver medio momificado y sin más que unos trozos de piel recubriendo el esqueleto descarnado. Ciertamente, la velada había sido muy placentera, pero Carla había resultado ser una bromista de marca mayor.

La verdad, no estaba dispuesto a consentirlo. ¿Era aquélla la mujer que quería tomarle como modelo?

Abandonó su casa y tomó el automóvil. Media hora más tarde, se detenía ante la residencia de la escultora.

Había luz en el interior, observó desde la calle. El edificio estaba rodeado de un pequeño jardín, que cruzó a grandes zancadas. Confiando en ser recibido por la propia Carla, presionó furiosamente el botón de llamada.

A los pocos momentos, oyó un vivo taconeo al otro lado de la puerta. Segundos después, tenía ante sus ojos a una hermosa muchacha, de arrogante figura, que le miró con moderado interés.

—¿Sí? —dijo ella.

—Soy Jeff Bannister —se presentó el joven—. Deseo hablar con la señora Shainee.

La chica rió suavemente.

—Toma, y yo —contestó—. Pero ella no está en casa.

—¿Cómo? —exclamó él, desconcertado.

—Ya lo ha oído usted. Perdón, no me he presentado. Soy Janice Willis, señor Bannister.

—Encantado, señorita Willis.

—Es un placer conocer a un autor de su fama —sonrió ella—. Pero ¿no quiere entrar?

—¿Puede permitirlo?

Janice se encogió de hombros.

—No hay nadie en la casa —respondió.

Bannister cruzó el umbral. Janice cerró y se volvió hacia él.

Era una muchacha alta, con aspecto de ser muy aficionada a los deportes lo que le confería un singular aspecto de robustez, que no estaba reñido en modo alguno con una figura muy femenina. El pelo era leonado, suelto, de abundante melena, y los ojos tenían un atractivo color verdoso.

—Si le parece, podemos tomar una copa, mientras llega la señora Shainee —sugirió Janice.

—¡Horror! No bebería aquí ni siquiera un vaso de agua, salida directamente del grifo.

Ella le miró intrigada.

—¿Qué le pasa, señor Bannister? ¿Se siente mal? —preguntó.

El joven se pasó una mano por la frente. Luego lanzó una mirada circular a su alrededor.

—Si le contara lo que me sucedió aquí la noche pasada… —murmuró.

—Estoy dispuesta a escucharle —dijo Janice cortésmente—. No tengo ninguna prisa, se lo aseguro.

—Está bien —contestó él—. Pero antes, por favor, dígame, ¿qué hace usted en esta casa?

—Oh, la señora Shainee me contrató para modelo de una de sus obras. Hablamos hace unos días y me citó hoy. Llegué y no había nadie en casa.

—¿Quién le abrió la puerta?

—Se abrió sola, cuando toqué el timbre. Esto me parece un tanto misterioso, se lo aseguro, señor Bannister.

—También a mí, señorita. ¿Me permite un momento? Ante el asombro de la muchacha, Bannister echó a correr escaleras arriba y llegó al dormitorio de Carla. Desde la puerta pudo apreciar que en la estancia reinaba un orden perfecto.

De pronto, sonó la voz de Janice a sus espaldas:

—Señor Bannister, ¿qué es lo que busca usted aquí? Hubo un momento de silencio. De pronto, Bannister vio algo junto a una de las patas de la cama.

Avanzó cinco o seis pasos y se agachó, tomando con dos dedos aquel objeto de color blanco amarillento y forma puntiaguda. Janice lo vio y lanzó un gritito de asombro:

—¡Un diente!

—Sí —confirmó él sombríamente—. Un diente desprendido de la calavera del cadáver en cuya compañía pasé buena parte de la noche precedente.

Janice retrocedió, asustada.

¿Estaba en compañía de un loco?, se preguntó.

CAPÍTULO IV

Bannister se dio cuenta de la expresión de la muchacha y forzó una sonrisa.

—Adivino lo que piensa, señorita, y puedo asegurarle que estoy perfectamente sano de cuerpo y alma —dijo—. Pero sí puedo contarle que Carla también me pidió que posara para ella, en una obra que había ideado. Por lo visto, doy el tipo para esa escultura.

—Ella no está ahora, señor Bannister.

—La policía recogió informes de que abandonó Londres a las seis de la mañana del día de hoy. Yo estuve en la casa hasta las diez, más o menos. Cuando desperté…

Bannister relató rápidamente a la muchacha lo sucedido. Janice le escuchó con una mezcla de interés y horror que se reflejaban claramente en su hermoso rostro.

—¿No se trataría de una broma macabra? —preguntó, cuando él hubo terminado de hablar.

Bannister alzó la mano con la que sostenía el diente.

—Ésta es la prueba —contestó.

—Prueba de una broma —insistió Janice.

—Sí, pero ¿por qué divertirse de una forma tan absurda? Dejando de lado el susto que me llevé, la actitud de Carla no tiene nada de congruente.

Janice suspiró.

—Como sea, preveo que me he quedado sin trabajo —dijo.

—¿Lo necesitaba?

Ella asintió.

—Intenté ser modelo fotográfica, pero debía someterme a ciertas exigencias nada agradables. Francamente, el horario fijo en una oficina me aterra, aunque estoy viendo que no voy a tener más remedio que resignarme y convertirme de nuevo en una hormiga —

declaró melancólicamente.
—¿Le había ofrecido Carla mucho dinero?
—Veinticinco libras semanales y alojamiento. No es gran cosa, pero podía haberme hecho famosa cuando hubiera expuesto mi estatua.
—Y la fama habría atraído contratos.
—Sí, justamente.
Bannister sacudió la cabeza.
—No comprendo por qué se tuvo que ausentar Carla tan repentinamente, incluyendo su pesada broma en mi falta de comprensión —dijo—. Pero lo mejor que podemos hacer uno y otro es olvidarla.
—¡Qué remedio! —suspiró Janice.
Bannister contempló a la muchacha durante unos momentos.
—Señorita Willis —dijo al cabo.
—Sí, señor Bannister.
—Usted ha hablado antes de una oficina.
—Es cierto.
—Por tanto, debe de saber mecanografía.
—Más taquigrafía y estenotipia, además de leer y escribir correctamente alemán, español e italiano.
—Estupendo. Francamente, no quisiera presumir, pero la fama impone ciertas servidumbres.
—A mí me gustaría padecerlas —rió ella.
—Sí, aunque a veces resultan un tanto molestas, sobre todo, cuando se acumula la correspondencia o es preciso copiar a la máquina lo que uno ha estado dictando al magnetófono durante un buen rato. Con toda sinceridad, yo necesito una ayudante. ¿Quiere serlo por treinta libras semanales?
Los ojos de Janice chispearon.
—Si habla en serio, sí —contestó en el acto.
—De acuerdo, queda nombrada secretaria particular. ¿Reside usted en Londres?
—Sí, en una residencia para señoritas.
—Cuando yo esté aquí, usted podrá vivir en el mismo sitio. Pero paso en el campo la mayor parte del tiempo. No se sienta aprensiva; tengo un ama de llaves que cuida de mi casa de Farndon Woods. Por tanto, no estará sola conmigo.

Janice sonrió.

—Usted es muy diferente de los tipos que querían lucirse con mi figura en sus estudios fotográficos —dijo—. ¿Cuándo empieza el trabajo?

—Pasado mañana, saldremos para Farndon Woods. Yo mismo pasaré a buscarla por su casa, de modo que deberá tener el equipaje listo a las nueve de la mañana.

—¡Hecho! —aceptó Janice sin vacilar.

Bannister sonrió.

—Y ahora, para celebrarlo, ¿por qué no vamos a cenar juntos? Luego la dejaré en su casa.

—Señor Bannister, creo que he hecho mi suerte al encontrarle a usted en esta casa —declaró Janice.

—Así lo espero. ¿Vamos?

Salieron del dormitorio. De repente, oyeron en la planta baja el ruido de una puerta que se cerraba.

—Tal vez sea Carla —murmuró Janice.

Al ruido de la puerta siguió el de unos pasos muy pesados y lentos, como procedentes de un individuo de gran volumen corporal. Una enorme sombra se proyectó sobre el suelo del vestíbulo.

Janice, asustada, retrocedió un par de pasos. Bannister agarró a la muchacha por un brazo y la empujó hasta una puerta cercana.

El hombre empezó a subir la escalera. Bannister se quedó atónito al verlo. Jamás hubiera sospechado la existencia de un sujeto de semejante tamaño.

De pronto, el hombre lanzó una pregunta:

—Señorita Willis, ¿está usted ahí?

Janice titubeó. Miró a Bannister y éste asintió.

—Sí —dijo la muchacha—. ¿Quién es usted?

—Elmo Farcey, chófer de la señora Shainee —contestó el individuo—. Tengo un encargo para usted, señorita.

Bannister y Janice se hicieron visibles en lo alto de la escalera. Elmo no mostró la menor señal de sorpresa al ver a la muchacha acompañada de un hombre.

Elmo metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre, que entregó a Janice.

—La señora siente mucho no poder cumplir su promesa y me ha

dado esto para usted —dijo—. Es una especie de compensación por las molestias que haya podido ocasionarle.

Janice cogió el sobre, que no estaba cerrado, y extrajo de su interior diez billetes de cinco libras.

—Pues la verdad, no sé…

—Acéptelos —aconsejó Bannister—. Realmente, usted cumplió su parte en el trato, por lo que tiene derecho a esa indemnización.

—Está bien, Elmo —dijo la muchacha—. Dé las gracias en mi nombre a la señora.

—Así lo haré, señorita —prometió el gigante, con su habitual tono de voz que parecía brotar de las entrañas de la tierra.

De pronto, Bannister recordó algo.

—Elmo —dijo.

—¿Señor? —contestó el sujeto.

—Tengo algo para la señora. Entréguele esto de mi parte, por favor.

El diente hallado en el dormitorio cambió de manos.

Bannister, complacido, advirtió una leve expresión de sorpresa en el granítico rostro del gigante.

—Se lo entregaré, descuide —dijo.

—Recomiéndele que visite a un buen dentista. ¿Vamos, Janice?

—Sí, señor Bannister.

Salieron de la casa. En la calle, Janice lanzó un prolongado «¡Uf!» de alivio.

—Creí que me ahogaba ahí adentro —exclamó—. Ese colosal sujeto me daba miedo, créame.

—Se lo haré pasar con una buena cena —rió Bannister.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, Bannister recibió una llamada telefónica.

—Tengo que decirte algo, Jeff —manifestó Helen Brownell.

—Soy todo oídos, hermosa —contestó él.

—Estoy inquieta por mi ayudante Charlene Brigh. Hace tres días que se marchó de viaje y no tengo noticias de ella.

—¿Qué ocurre, Helen?

—Bien, tú ya sabes que Richard Dodd ha desaparecido. Fue a verte.

—Sí, y se perdió, con un cheque que no podía cobrar.

—Ya has recuperado ese dinero, así que no te quejes. Pero Richard y Charlene me preocupan. ¿Por qué no investigas tú?

Bannister dio un salto.

—Pero, Helen…

—Aguarda, hombre, no te digo que desempeñes el papel de policía. Sé que te vuelves a Farndon Woods. Sólo quiero que des un pequeño rodeo y que pases por Shammax Village. Charlene dijo que iba a esa localidad, ¿comprendes?

—Sí, ya entiendo. Habrá alguna posada o albergue y quieres que pregunte por ella.

—Exactamente, Jeff. ¿Lo harás?

—Sí, descuida.

—Además… la propia Charlene estaba muy preocupada. Dijo que una amiga suya le había hablado una vez de Shammax Village. Esa amiga se llamaba Mary Burns, aunque yo no la conocía.

Bannister frunció las cejas.

¿No había sido Mary Burns, según Charlene, el modelo de la Ondina de Carla?

—De acuerdo, haré lo que pueda. Te llamaré en cuanto haya recogido alguna noticia —prometió.

—Por favor, que sea pronto, Jeff.

—¿Estabas muy enamorada de Richard, Helen?

Ella guardó silencio un instante.

—Prometí no querer más a un hombre, cuando me di cuenta que mi matrimonio había fracasado. Esa clase de promesas no se deben formular nunca, Jeff.

—Resultan difíciles de cumplir, en efecto —convino él.

Bannister colgó el teléfono con gesto pensativo.

—Esas desapariciones… —murmuró.

Pero luego, como pensaba pasarse una larga temporada en el campo, desarrollando el borrador de su próximo libro y tenía que prepararse un abundante equipaje, dejó de lado aquellas preocupaciones para concentrarse en su labor.

Cuando terminó, sin embargo, no pudo por menos de dedicar un pensamiento a la simpática Charlene Brigh. ¿Le había sucedido algo grave?

CAPÍTULO V

En aquellos momentos, Charlene abría los ojos, después de lo que le parecía un sueño interminable.

Notó que estaba tendida sobre una tabla larga y amplia, pero no podía moverse en absoluto. Un hombre se inclinó sobre ella y la contempló atentamente.

La cara del hombre semejaba la de un demonio. Charlene sentía deseos de gritar, pero algo se lo impedía quizá el mismo terror que invadía su ánimo.

En una fracción de segundo, recordó su llegada a Shammax Village, su entrada en la taberna, el viaje a Rothermere Castle, la noche pasada en una confortable; habitación… y el despertar ahora en aquel vasto subterráneo, de paredes de piedra y techo abovedado, en uno de cuyos extremos, más lo adivinó que lo vio, ardía un enorme fuego.

Una mujer entró en el campo visual de la muchacha, Charlene pronunció su nombre, pero ningún sonido brotó de su garganta.

—¿Está ya? —dijo ella.

—Todo preparado. Sólo falta la capa superior —contestó el hombre.

De repente, Charlene sintió una enorme vergüenza.

Acababa de darse cuenta de la ausencia total de ropas sobre su cuerpo. Pero este sentimiento del pudor herido, pasó inmediatamente a un segundo plano. Había algo más importante que unos trozos de ropa sobre su figura.

—¿Qué es lo que quieren hacer conmigo? —gritó.

Sorprendentemente, Charlene no oyó el sonido de su propia voz. Lo único que hacía era pensar la frase que deseaba pronunciar, pero el aparato de la fonación se negaba a obedecer las órdenes que le llegaban del cerebro.

Además, aunque consciente, no podía moverse en absoluto. Una mano tocó su brazo y ella sintió el contacto, por lo que así pudo darse cuenta de que no estaba atada sobre la mesa en que se encontraba.

También se percató de otro detalle: toda la parte posterior del cuerpo, desde la cabeza a los pies, descansaba sobre lo que parecía un perfecto molde de la mitad posterior de su anatomía.

Y, lo que era peor, aunque no había visto nunca a aquel hombre de la cara de demonio, conocía a la mujer.

—¡Señora Shainee! —llamó.

Pero como en la ocasión anterior, sus labios no se movieron ni su garganta emitió ningún sonido.

De pronto, vio que el hombre preparaba una jeringuilla.

Una terrible sensación de angustia se apoderó de su ánimo. ¿Qué le habían hecho para someterla a una parálisis tan absoluta?

La aguja penetró en la carne de su brazo. A los pocos momentos, Charlene se dio cuenta de que se sumía en la inconsciencia.

Presintió que iba a morir y una espantosa congoja se apoderó de su ánimo. Sendas lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Mire, está llorando! —exclamó Carla.

—Bah, simples secuencias reflejas —contestó el hombre despectivamente—. En estos momentos, puede que oiga algo, pero no siente absolutamente nada.

Los ojos de Charlene se cerraron lentamente. Entonas dejó de ver y de oír.

—Vamos —dijo el hombre—. Es preciso esperar, antes de aplicar la capa superior.

—¿Cuánto? —preguntó Carla.

—Deberías saberlo. La carne debe endurecerse primero, a fin de que el molde de la mitad superior fragüe de manera satisfactoria. Además, no olvides que hemos de ponerla en pie.

Mientras hablaban, habían llegado ya al salón. El hombre se acercó a una consola y llenó dos copas.

Carla le contempló mientras se alejaba aquel breve espacio, cojeando ligeramente. Rex Zadd era más bien bajo, bastante cargado de hombros, de modo que, aun sin serlo, a veces parecía jorobado, pero de una robustez física y una fortaleza realmente excepcionales. A Carla le horrorizaba mirarle a los ojos, pero

cuando Zadd los clavaba en su rostro, ella se sentía absolutamente impotente para resistirse al menor de los deseos del hombre.

Zadd vino a su lado y le entregó una copa.

—Bebe.

Carla obedeció. Zadd vació de un trago su copa y luego, con gesto desdeñoso, la tiró por encima del hombro. Luego, de pronto, la abrazó.

Ella creyó que la estrujaban como si hubiera sido puesta en una prensa hidráulica. Los labios del hombre buscaron vorazmente los suyos.

Quería resistirse, pero no podía. Una fuerza superior a la suya, y no física solamente, la dominaba por completo. Aquella fuerza la derrotó, la hizo sentirse vencida una vez más, débil e impotente.

* * *

—Bien —dijo Jeff Bannister, al mismo tiempo que detenía el coche—, esto es Shammax Village.

—Parece un pueblo abandonado —comentó Janice.

Bannister se apeó y echó una mirada a su alrededor. En total, habría una docena de casas, distribuidas irregularmente a los lados de la carretera de nulo tráfico. Sólo se veía humo en una de las chimeneas.

Las personas brillaban por su ausencia. No se divisaban perros ni gallinas ni otros animales domésticos. El silencio era absoluto.

Bannister se acercó a la taberna. La puerta, encristalada parcialmente, le había permitido ver a un hombre al otro lado del mostrador.

Abrió y dejó que Janice pasara primero. Luego los dos se acercaron a la barra, tras la cual el hombre se había enderezado.

—Señores…

—Buenos días —saludó Bannister—. Queremos tomar algo… Yo un *whisky* y la señorita…

—Café si tiene, por favor —solicitó Janice.

—Agua caliente y café instantáneo —dijo el tabernero.

—Será suficiente, gracias.

Gillespie puso el licor ante Bannister y luego se metió en el interior de la casa. Mientras, los dos jóvenes estudiaban la decoración del local.

—¿Podrá decirnos algo el tabernero? —consultó Janice, dubitativa.

—Ahora lo sabremos.

Gillespie salió minutos más tarde, con una taza humeante sobre un plato. Janice se puso un terrón de azúcar y empezó a removerlo con ayuda de la cucharilla.

—Amigo —dijo Bannister de pronto.

—¿Señor? —contestó el tabernero.

—Escuche, yo soy Jeff Bannister y ella es mi secretaria, *miss* Janice Willis. Los dos buscamos a otras tantas personas, de las que presumimos han podido pasar por Shammax Village.

—Es posible. No tengo muchos clientes, pero algunos desfilan por aquí, en efecto. Mi nombre es Gillespie, Stan Gillespie —contestó el tabernero.

—Muy bien, señor Gillespie, Se trata de un hombre y una mujer, El hombre pasó por aquí hará cinco o seis semanas y se llama o se llamaba Richard Dodd. Tenía unos cuatro o cinco años más que yo, es decir, alrededor de treinta y tres, pelo muy claro, ojos azules y era bastante bien parecido. En cuanto a la mujer, era joven, de unos veintitrés años, morena, de mediana estatura y con una bonita figura. Su nombre es el de Charlene Brigh.

Después de la parrafada, recitada de un tirón, Bannister escrutó ansiosamente el rostro del tabernero. Gillespie pareció concentrarse en sí mismo, pero al cabo meneó la cabeza negativamente.

—Lo siento. Es posible que hayan pasado por aquí, no lo niego, pero me es imposible recordarles —manifestó—. ¿Temen que les haya sucedido algo? —añadió.

—Los buscamos, eso es todo —contestó Bannister, evasivo—. No obstante, muchas gracias, señor Gillespie.

—Lamento no haberles podido ser útil, señores.

—No se preocupe, amigo. —Bannister emitió una sonrisita de circunstancias—. ¿Qué le debo?

Después de pagar, salieron a la calle.

—¿Qué le parece, Janice? —preguntó él.

—Si se detuvieron en Shammax Village, a la fuerza tuvieron que entrar en la taberna. Es el único local público que hay en el pueblo. Ni siquiera veo la muestra de una tienda de comestibles —respondió la muchacha.

—Una hipótesis muy razonable, pero en tal caso, significaría que el tabernero nos ha mentido. No obstante, como no tenemos ocasión de comprobar sus respuestas, puede decirse que debemos abandonar el pueblo con el rabo entre las piernas.

—Me preocupan Dodd y Charlene. ¿Qué les habrá podido pasar?

Bannister empujó a la muchacha hacia el coche.

—Hablaré con Helen desde Farndon Woods —dijo—. Nosotros ya hemos hecho todo lo posible.

Ella asintió y se sentó en su asiento. Bannister dio el contacto y el vehículo se puso en movimiento.

De repente, oyeron una voz de mujer a sus espaldas:

—Mi esposo les ha mentido.

La sorpresa de la pareja fue enorme. Bannister quitó el pie del acelerador, pero la desconocida lo advirtió y exclamó:

—Siga, siga, no se detenga. Estoy escondida bajo el asiento posterior.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Bannister, al mismo tiempo que engranaba la segunda velocidad.

—Me llamo Lucy Gillespie. Si mi esposo supiera que estoy aquí, me mataría. Él les ha mentido. Ese hombre y la chica que ustedes mencionaron pasaron por aquí. Mi esposo les envió a Rothermere Castle. No sé qué habrá sido de ellos, pero en esa residencia ocurren cosas horribles. Dodd y la chica no han sido los únicos en ir allí. A mi esposo le pagan cincuenta libras por cada persona bien parecida que envía a Rothermere.

—¿Quién vive en Rothermere, señora Gillespie?

—Yo sólo conozco al que dice ser su dueño, un tal Rex Zadd. A mí me ha parecido el diablo en persona, las pocas veces que le he visto. Rothermere es un lugar horrible, créanme.

—¿Ha estado allí una vez? —preguntó Bannister, sin volver la cabeza.

—Sí, tuve que llevar unas cajas de licores, con el carro y el caballo… Mi esposo se hallaba indispuesto y él necesitaba las bebidas…

—¿Vio a alguien más en la casa?

—Sólo a otro hombre, un tipo gigantesco, el más alto que he visto en mi vida. Me pareció un cadáver viviente… A veces, todavía sueño con ese horrible individuo…

Bannister pensó inmediatamente en Elmo. Pero no había la menor prueba de que el chófer de Carla estuviese en el lugar que la señora Gillespie calificaba de horrible.

—Entonces, usted está segura de que Dodd y Charlene Brigh pasaron por su taberna.

—Sí. Mi esposo los dirigió allí, a Rothermere Castle.

—Una pregunta, señora. —Bannister acababa de recordar súbitamente un nombre—. ¿Conoció también a una chica llamada Mary Burns?

—Oh, sí, pero ella pasó mucho antes, hará siete u ocho meses. También fue a Rothermere Castle. Desde luego, no ha vuelto a ser vista en Shammax Village.

—Señora, ¿cómo ha entrado usted en el coche? —intervino Janice de repente.

—Les vi a ustedes hablando con mi esposo y oí lo que decían a través de una rendija de la puerta que comunica la taberna con mi vivienda. Cuando me di cuenta de que Stan les mentía, salí de la casa por la puerta trasera, di la vuelta y me escondí en el asiento posterior.

—Entiendo —dijo Bannister—. Así pues, usted tiene miedo a su esposo.

—Stan haría todo lo que le ordenase el señor Zadd. Yo… no sé adónde ir y simulo no saber nada… pero la peor idea que tuvo mi esposo fue la de comprar la taberna de un pueblo deshabitado…

—¿No hay gente en la aldea? —inquirió Janice.

—Un par de familias que viven de mala manera. ¿Creen que así se puede prosperar? —exclamó Lucy sarcásticamente.

—Está bien —habló Bannister—. Señora Gillespie, haremos todo lo que podamos para averiguar lo que sucede en Rothermere Castle. Usted puede sin duda, indicarnos el camino.

—A unos mil quinientos metros, encontrarán una desviación. Sigan dos kilómetros más a la izquierda y encontrarán ese lugar maldito.

—Señora, ¿en su opinión, qué es lo que pasa allí?

—No lo sé, pero, a veces, el arroyo baja turbio y apesta horriblemente. Eso siempre sucede después de que alguna persona ha ido a Rothermere. Por favor, déjenme en la próxima revuelta del camino. Mi esposo ya me habrá echado en falta, pero yo encontraré

alguna excusa válida. Lo importante es que no me vea con ustedes.

—Sí, señora.

Bannister frenó el coche momentos después. Lucy abrió la portezuela y les dirigió una sonrisa de gratitud. Era una mujer de unos treinta y cuatro años, entrada en carnes, aunque todavía con grandes atractivos físicos. Su rostro, aparte de la preocupación que en él se reflejaba, irradiaba simpatía y vitalidad.

—Suerte —dijo Lucy, a la vez que echaba a correr hacia unos arbustos cercanos.

Bannister puso el automóvil en movimiento. Al quedarse solos, Janice le formuló una pregunta:

—Señor Bannister, ¿qué opina usted de todo lo que nos ha dicho la señora Gillespie?

—Parecía sincera —contestó él—. No obstante, pienso que antes de ir directamente a Rothermere Castle, convendría que hiciéramos una discreta exploración de la residencia y sus alrededores. Puede que me crea algo exagerado… pero antes de entrar en combate, se necesita un buen conocimiento del terreno que ocupa el adversario.

CAPÍTULO VI

El taladro perforó ligeramente en uno de los puntos del bulto informe que yacía sobre la mesa. Rex Zadd tenía puesta una especie de máscara, de tela muy espesa, lo mismo que Carla, quien contemplaba atentamente las operaciones que realizaba el individuo.

El bulto era mayor que una persona, pero tenía su forma algo aproximada, al menos en el aspecto alargado y en el estrechamiento situado entre la cabeza y los hombros. A continuación, Zadd se situó con el taladro en los pies.

Carla estaba a su lado, vestida con una especie de mono de trabajo y con la cara igualmente protegida por una espesa máscara. En la mano tenía un tubo de goma de unos dos centímetros de espesor, cuyo otro extremo desaparecía en el suelo.

—Prepárate —dijo él.

El taladro giró de nuevo. A los pocos segundos, un olor espantoso, nauseabundo, invadió la atmósfera.

Zadd aplicó el tubo al agujero recién practicado. Luego corrió hacia la cabecera de la mesa y situó allí un segundo tubo, éste conectado a un pequeño compresor de aire.

Un cuarto de hora más tarde, dio la operación por terminada.

—Vamos a tomarnos una copa, Carla.

Ella asintió. Sus ojos brillaban de un modo singular.

Ya tenía el molde para una nueva estatua. Resultaría una obra perfecta. Cuando llegaban al salón, se oyó el timbre del teléfono.

Zadd levantó el aparato.

—¿Stan?

—Yo mismo. Escuche, tengo noticias para usted.

—Vamos, suelte lo que sea.

—Bannister y Janice Willis. Han preguntado por Dodd y

Charlene Brigh.

—¿Hace mucho tiempo?

—Casi una hora. Les llamé en seguida, pero no me contestaba nadie.

—Estábamos ocupados. Bien, gracias, Stan.

Zadd volvió el teléfono a la horquilla.

—Carla, tú conoces a un tal Bannister —dijo.

—Sí —se sorprendió ella—. ¿Es que vienen hacia aquí?

—No lo creo. Gillespie no ha dicho nada al respecto. Me habría informado, en caso contrario. Él habrá callado, por supuesto.

—Si viene Bannister, déjalo de mi cuenta.

—Conforme. ¿Conoces a la mujer que le acompaña? Se llama Janice Willis.

—No, nunca he oído hablar de ella.

—Muy bien. Elmo debe de estar durmiendo, después de pasarse la noche en vela. No tendré otro remedio que despertarlo.

Zadd echó a andar, pero se detuvo a los pocos pasos para volverse hacia la mujer.

—Carla, si viene esa pareja, cuidado con lo que hablas —avisó.

—No te preocupes —contestó ella—. Por si acaso, iré a cambiarme de ropa… aunque me parece extraño que hayan estado hace una hora en la taberna y no se hayan dejado ver todavía.

—En todo caso, Elmo se encargaría de ellos —gruñó Zadd.

* * *

La casa estaba en la cumbre de un pequeño altozano, en torno al cual se enroscaba parcialmente un arroyuelo de aguas cristalinas. Bannister y Janice se hallaban junto al arroyo, a unos trescientos metros del edificio y a un nivel inferior en unos cuarenta metros.

Era un sombrío caserón, al que un presuntuoso había dado el nombre de castillo. Quizá había influido en ello una especie de torre mocha situada en el ángulo norte. La torre era de sección cuadrada y de unos doce metros de lado. Bannister y su flamante secretaria, se hallaban situados tras un grupo de álamos, que les ocultaban perfectamente a la vista de un posible vigilante.

—No sé qué hacer —dijo Bannister de pronto—. Sospecho que, si denunciase las desapariciones a la policía, no obtendríamos ningún resultado práctico. Sí, tal vez en Rothermere Castle

admitiesen haberlos visto, pero dirán que se marcharon y que no saben más de ellos.

—Los cuerpos… —apuntó Janice tímidamente.

—Si Dodd y Charlene murieron, sus cuerpos no se encontrarán jamás —vaticinó el joven con lúgubre acento.

De repente, un extraño olor empezó a invadir el ambiente.

Janice hizo un gesto de asco. Luego sacó un pañuelito del bolso y lo mojó con algunas gotas de un frasquito de esencia que llevaba entre sus objetos personales.

—Esto huele horriblemente —gritó.

Bannister sacó también un pañuelo y ella le puso igualmente colonia. El joven se percató de que el olor procedía del arroyo.

Intrigado, dio unos pasos y se acercó a la orilla. Segundos después, divisó una cinta serpenteante de color gris-verdoso y aspecto oleoso, que manchaba con horribles tonalidades la transparencia del agua.

El olor procedía de aquel líquido que flotaba en la corriente. Intrigado, procurando dominar las bascas que le acometían, Bannister caminó a lo largo de la orilla del arroyo, hasta encontrar, cincuenta o sesenta pasos más arriba, la salida de un desagüe de medio metro de diámetro, aproximadamente.

Janice se le acercó.

—Esa cosa tan horrible sale de ahí —dijo.

—Es el desagüe de la cloaca de Rothermere Castle —afirmó él.

Janice levantó la vista. De una de las chimeneas de la casa, brotaba una débil columna de humo, pero no vio en su color nada de particular. Dada la temperatura, fresca, aunque no fría, estimó muy probable que dentro de la casa hubieran encendido algún fuego de leña.

Bannister continuaba observando la cinta oleosa que se movía con la corriente del arroyo. Era fácil ver que aquel líquido tan repugnante no se mezclaba con el agua; en todo caso, lo haría al cabo de mucho tiempo y después de un largo recorrido.

Pero parte del líquido llegaba a Shammax Village, lo suficiente para que Lucy Gillespie hubiese advertido su nauseabundo olor. ¿De dónde procedía aquella espantosa sustancia?

—Vámonos —dijo de pronto.

—¿Iremos a Rothermere Castle? —consultó Janice.

Bannister sacudió la cabeza.

—Otro día —contestó—. Tengo que averiguar más retalles de este asunto. Incluso he de hablar con un amigo de Scotland Yard. Quiero saber qué noticias hay sobre Mary Burns, entre otras cosas.

—Está bien —aprobó la muchacha.

Volvieron sobre sus pasos. De pronto, Bannister divisó una figura en la ladera de la colina.

—Aprisa, Janice —dijo.

Tiró del brazo de la muchacha y la hizo agazaparse detrás de unos arbustos. En cierto modo, a Bannister no le sorprendió en absoluto reconocer a Elmo.

—¿Estará Carla en Rothermere? —se preguntó.

Elmo llegó a la orilla del arroyo y se paseó arriba y abajo durante unos minutos. Janice temblaba de pavor, a la vista de aquel colosal individuo.

Pasaron unos minutos. De pronto, Elmo dio media vuelta y se alejó.

Bannister aguardó todavía unos minutos, felicitándose interiormente de la precaución que había tenido de dejar el coche a prudente distancia de aquellos parajes. Por la dirección que seguía Elmo, pudo darse cuenta de que regresaba directamente a la casa.

—Ahora nos iremos a Farndon Woods —decidió—. Quiero dejar pasar unos días. Entonces volveré a Rothermere.

—¿Solo? —preguntó Janice.

—Por supuesto. Conviene que crean que no sabemos nada de Rothermere, a pesar de que Gillespie les haya avisado que preguntamos por los dos desaparecidos. Si está Elmo ahí, Carla Shainee debe de estar también.

—Y ella le dirá…

—No lo sé, aunque sí creo que obtendré algo positivo.

Regresaron al coche y reanudaron el viaje. Elmo llegaba al caserón en aquellos instantes.

—No había nadie —informó lacónicamente.

—Está bien —dijo Zadd—. Vuelve a dormir. Esta noche, más que nunca, debes tener los ojos muy abiertos.

—Sí, señor.

El teléfono sonó en aquel momento.

Carla se acercó al aparato, pero Zadd fue más rápido.

—¿Gillespie? —dijo.

—Sí, señor. Una señorita ha preguntado por el camino a Rothermere Castle. Dice llamarse Wanda Cathoon. Hace un par de minutos que ha abandonado la aldea.

—Perfectamente, muchas gracias.

—¿Han visto a los otros dos, señor?

—No. Seguramente han continuado viaje.

—Wanda Cathoon es muy guapa —dijo Gillespie.

—Lo celebro. Adiós, Stan.

Zadd se volvió hacia Carla.

—Otro modelo —sonrió.

Ella asintió con otra sonrisa.

—Empezaré a trabajar de inmediato —dijo.

* * *

Una semana más tarde, Bannister leyó en el periódico una noticia que le pareció de considerable interés.

Carla Shainee había vendido la mayor parte de las obras de arte expuestas tiempo atrás. Por una de ellas, la ya famosa Ondina, un prominente miembro de la Cámara de los Lores había pagado una suma que rebasaba con mucho las treinta y cinco mil libras.

Para el resto de las obras vendidas, diecisiete en total, los precios eran sensiblemente más bajos, con relación al de Ondina, pero, aun así, bastante altos, y ello decía el comentarista de arte, debido no sólo al arte de la escultora, sino al material de que estaban realizadas sus obras. El precio de las demás esculturas rozaba las veinte mil libras.

—¡Caramba, es una buena suma! —exclamó Bannister en voz alta, justo en el momento en que Janice entraba en la habitación con un fajo de papeles en la mano.

—¿Alguien ha heredado una fortuna? —preguntó la muchacha en son de broma.

—No se trata de una herencia —contestó él—, sino de la fortuna que la señora Shainee ha conseguido con su exposición. Aproximadamente, unas ciento setenta mil libras, según este periódico, claro.

—Carla es una artista de moda —dijo Janice—. Encuentro lógico que haga pagar caro su arte, porque, dejando de lado otras

consideraciones, no se puede negar que es una magnífica escultora.

—Eso sí es verdad —convino Bannister—. Y puesto que el periódico ha traído esta noticia tan interesante, yo podría aprovechar la ocasión para visitar a Carla en su residencia de Rothermere Castle.

—¿Está seguro de que ella vive en aquella casa?

—Al menos, me enteraré. Rothermere está a dos horas escasas de automóvil y no me costaría mucho llegarme hasta allí.

Janice sintió un escalofrío.

—Ese lugar me da miedo —dijo—. Aquella horrible sustancia oleosa en el agua del arroyo…

Bannister frunció el ceño.

—No se me ocurre qué pueda ser —dijo—. Los desechos de la casa, naturales, por supuesto, no creo que originen aquel líquido. Pero eso es lo de menos por ahora. Janice, en los últimos dos años, han desaparecido muchas personas, de ambos sexos, con una característica casi común a todas ellas: eran jóvenes y bien parecidas y la mayoría, además, tomaron el camino de Shammax Village.

—Y usted…

—Quiero saber lo que pasa en Rothermere Castle —respondió Bannister firmemente.

De pronto, reparó en los papeles que la muchacha tenía en la mano.

—Despacharé el correo y corregiré esos fragmentos de borrador que me trae usted —añadió—. Mañana, después de desayunar, emprenderé el viaje a Rothermere.

—Me gustaría acompañarle —solicitó Janice.

—Usted tiene aquí su trabajo —sonrió él—. He dictado un par de cintas magnetofónicas y quiero que las pase a máquina.

—Está bien —se resignó ella—, pero tenga cuidado.

—Es una recomendación que no olvidaré en ningún momento, se lo aseguro —contestó Bannister.

* * *

—Creo que nos conocemos, Elmo —dijo Bannister al día siguiente, alrededor de las once de la mañana.

A pesar de la impasibilidad habitual de su rostro, el gigantesco

individuo no pudo contener un leve gesto de sorpresa.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —consultó cortésmente.

—Avise a la señora Shainee, por favor —dijo el joven desenvueltamente, como dando por sentado que Carla residía en aquella casa.

Elmo se inclinó.

—Iré a ver si la señora puede recibirle ahora —manifestó.

Bannister encendió un cigarrillo mientras contemplaba el escasamente amueblado vestíbulo. Torció el gesto.

—Carla tiene mejor decorada su casa de Londres —murmuró.

De repente, una joven apareció ante sus ojos.

—¡Hola, amigo!

Bannister enarcó las cejas. Ella era de mediana estatura y formas generosamente contorneadas, abundante cabellera rubia y ojos de color marrón claro. Vestía una blusa ceñida ajustadamente a su busto opulento y una falda muy corta, que daba la sensación de ir a estallar de un momento a otro. Los tacones de sus zapatos eran muy altos, lo que exageraba su estatura considerablemente.

—Hola —sonrió Bannister.

Ella le tendió la mano espontáneamente.

—Me llamo Wanda Cathoon —dijo.

—Jeff Bannister —se presentó él.

—Es escritor.

—Exactamente, señorita…

—Oh, deje los tratamientos de lado y llámeme Wanda, simplemente. Aquí todos somos muy informales, hasta cierto punto claro. Nadie usa esas palabras tan anticuadas como señor, señora o señorita; todos nos llamamos por los nombres propios. Excepto el gigante con cara de piedra, claro.

El aludido apareció en aquel instante.

—Señor Bannister, la señora me encarga le diga no puede recibirle en este momento, pero que más adelante tendrá el gusto de conversar con usted todo el tiempo que le apetezca —informó.

—Dele las más expresivas gracias a la señora, Elmo —contestó el joven.

—Puede irse, muchachito —dijo Wanda—. Yo atenderé al caballero. —Se volvió hacia Bannister—. Un trago no le sentará mal, imagino.

Elmo desapareció sin hacer ruido. Bannister sonrió.

—¿Sabe dónde está el armario de los licores, Wanda? —preguntó.

Ella se colgó del brazo masculino.

—Venga conmigo —dijo, alegre y desenvuelta.

CAPÍTULO VII

Wanda le miró por encima de su copa.

—¿También te han contratado como modelo? —inquirió.

—¿Cómo? —dijo Bannister, que estaba distraído.

—He preguntado si también tú vas a servir de modelo a Carla.

—Oh, no, no… Simplemente, somos conocidos y he venido a visitarla… ¿Eres tú modelo de ella?

—Sí —respondió Wanda—. Fui contratada por medio de un anuncio en el periódico. Envié un par de fotografías, como pedía el anuncio, y me eligieron a mí, porque supongo que no sería yo la única solicitante del puesto. Me pagan bien, ¿sabes? Cuarenta libras a la semana y alojamiento… Un par de horas de posar al día y eso es todo.

—¿Trabaja Carla tomándote a ti como modelo?

—Oh, no, no hace el boceto en barro, como creo es la costumbre. Hasta ahora, no ha hecho más que tomar diseños y bocetos a lápiz. Zadd le ayuda a veces, tomando medidas de mi cuerpo para el molde en que vaciarán mi figura. La estatua será de una diosa pagana con muchas flores y frutos…

—Ceres —dijo él.

—Sí, es el nombre que le da Carla.

Bannister recorrió con la mirada los opulentos contornos de la joven que tenía frente a sí. Ceres, Pomona… sí, Wanda daba el tipo ideal para la realización corpórea de la diosa de las flores y los frutos del campo.

—Resultará una obra maestra —vaticinó.

—No te quepa la menor duda. El modelo vale mucho, ¿no crees?

Wanda lanzó una risita provocativa. Era joven, estallantemente hermosa, pero también experta conocedora de la vida. Si la ropa exterior era escasa, las prendas íntimas no debían de emplear

tampoco mucho tejido, pensó Bannister.

—¿Te gusto? —preguntó ella de repente.

—Eres muy guapa —elogió el joven.

Wanda dejó la copa a un lado. Avanzó dos pasos y puso los brazos en torno al recién llegado.

—El empleo es bueno, pero la vida aquí resulta muy aburrida. —Murmuró, insinuante.

—¿De veras? —preguntó él.

—Elmo es un bruto. Zadd, ni me mira. No queda nadie más en la casa.

—Entiendo. Pero yo…

Wanda le besó en los labios.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó.

—Pues…

El picaporte de la puerta chasqueó de pronto. Wanda se separó vivamente.

—Hablaremos luego —susurró, a la vez recobrada la copa—. Sí, Rothermere Castle es un lugar encantador y, sobre todo, tan tranquilo…

Carla apareció en aquel instante y sonrió al ver a Bannister en tranquila charla con la modelo.

—¿Cómo estás, Jeff? —dijo, mientras avanzaba hacia él, con la mano extendida—. No sabía que conocieras a la señorita Cathoon…

—Wanda y yo acabamos de hacernos amigos —sonrió el joven.

—Jeff es un hombre encantador —dijo Wanda—. Bien, les dejo solos, la amistad de ambos es más antigua y no quiero perturbar su charla.

* * *

Hubo unos momentos de silencio, hasta que la puerta se hubo cerrado. Al cabo, Carla, mientras se acercaba a una mesa sobre la cual se hallaba una caja de cigarrillos, dijo:

—Alguna vez te habrás preguntado por qué me marché sin despedirme de ti, ¿no es cierto?

—Toda mujer hermosa tiene razones, que un hombre discreto no debe indagar jamás —contestó él.

Había decidido no mencionar la horrible cosa que había encontrado en el lecho al despertarse. Si Carla había querido

gastarle una broma, él no quería darle ocasión de divertirse a su costa.

—Eres muy cortés —sonrió ella—. Pero no me imaginé nunca que pudieras venir por aquí.

—Tenía ganas de verte de nuevo. ¿Te desagrada?

—Oh, no, en absoluto, todo lo contrario. ¿Cuántos días piensas quedarte?

—¿Me invitas?

—Claro —sonrió ella—. Hay habitaciones de sobra en Rothermere Castle.

—No sé cómo agradecértelo… Por cierto, he leído en los periódicos que tu exposición ha tenido un éxito económico muy considerable. Te felicito, Carla.

—Gracias, Jeff. Siempre he pensado que el artista debe pensar lo primero de todo en su arte, pero que nunca está de más conseguir alguna compensación monetaria por lo que pudiéramos llamar el mero trabajo físico.

—Es una excelente forma de pensar —aprobó él—. Wanda me ha dicho que va a servirte de modelo para una estatua que represente a Ceres —añadió, con acento intrascendente.

Carla sonrió con cierta malicia.

—¿No crees que da el tipo? —contestó—. La mujer de cuerpo henchido y exultante de vitalidad…

—También podría servir para una walkyria, Carla.

—El personaje mítico no me gusta, pero tienes razón, Jeff. —De repente, ella dijo—: Tendrás que dispensarme, ya que ando bastante ocupada en estos momentos. Elmo te enseñará tu habitación; mientras tanto, considérate en tu casa. Y ya hablaremos de tu estatua en otro momento.

—Eres muy amable, Carla.

Ella sonrió levemente y se marchó. Bannister se acercó a la mesa y cogió un cigarrillo.

Había notado fría y distante a Carla, pese a su amabilidad. En ningún momento había mencionado ella lo sucedido entre ambos un par de semanas antes en Londres.

Mucho menos, lógicamente, había dicho nada de la momia que había encontrado en su cama. Si se trataba de una broma, ¿por qué emplear una cosa de tan mal gusto?

Elmo apareció en el umbral de la puerta.

—El señor deseará subir a su habitación —dijo.

—Sí, muchas gracias.

Una vez arriba, Elmo agregó:

—Me he permitido subir el equipaje del señor. ¿Desea algo más de mí?

Bannister estuvo a punto de contestar: «Sí, deseo saber qué ha sido de Mary Burns y de Richard Dodd y de Charlene Brigh…», pero comprendió que hubiera resultado una terrible imprudencia y despidió al criado con una sonrisa y una frase cortés:

—Eso es todo, muchas gracias, Elmo.

Bannister conoció a Zadd a la hora de la cena. El hombre le impresionó profundamente en el acto. Tanto los modales como el acento de Zadd eran exquisitamente corteses, pero Bannister adivinó en él una potencia física y mental realmente extraordinarias. De haberse dedicado a la política, pensó, Zadd habría resultado un irresistible conductor de masas.

Pero era sólo un ayudante de Carla, el que colaboraba con la artista en la parte técnica, especialmente en la fundición del metal de las estatuas, según manifestación propia.

—Ah, tienen su propia fundición —dijo Bannister.

—Sí —contestó Zadd—. La instalación resultó costosa, pero ciertamente rentable posteriormente.

—Claro, tienen la fundición para siempre.

—Exacto. ¿Otra copa de vino, señor Bannister?

El joven rechazó el ofrecimiento, adivinando que era un claro intento de Zadd para desviar la conversación. Wanda estaba frente a él y cenaba con magnífico apetito, sin dejar de charlar por los codos. Resultaba a veces un tanto infantil, pero ello mismo la hacía más atractiva y simpática.

A Carla, sin embargo, no parecía gustarle mucho el voluble parloteo de la modelo. Bannister se lo dijo cuando, después de la cena y habiéndose despedido Zadd y Wanda, quedaron los dos a solas.

—Es una cabeza hueca —calificó Carla despectivamente—. Claro que tampoco puedes pedirle más a una chica que sólo tienen un rostro agradable y un cuerpo muy bien formado.

—A veces, esas chicas se casan y son unas excelentes esposas y

madres de familia —dijo él.

—¿Te casarías con una mujer como Wanda?

Bannister se encogió de hombros.

—No he tenido tiempo de conocerla con más detenimiento, pero no debe juzgarse a las personas solamente por el aspecto exterior — respondió.

—Pero te gustaría conocer el interior anímico de Wanda.

—Psé… No he venido aquí por ella, Carla.

La señora Shainee se reclinó en el diván en que estaban sentados, adoptando una postura deliberadamente insinuante.

—Tú me conoces exteriormente —dijo—. ¿Qué opinas de mi interior?

—No he tenido tiempo de estudiarte, Carla.

—¿Crees en el flechazo?

—¿Fue un flechazo lo que ocurrió hace unas semanas? Carla rió suavemente.

—Eres un esgrimista que sabe desviar muy bien las estocadas — dijo.

—Carla…

Pero ella le interrumpió bruscamente, a la vez que se ponía en pie.

—Seguiremos charlando mañana —exclamó—. Hoy he trabajado mucho y estoy cansada. Si te sientes aburrido, la biblioteca está al lado. No hay muchos libros, aunque tal vez encuentres alguno que te haga conciliar el sueño.

—Buscaré uno muy aburrido —sonrió él.

Bannister pasó a la biblioteca y eligió un libro. Mientras subía al piso superior, pensó que le gustaría conocer el lugar donde Carla fundía el metal para sus estatuas.

¿Era cierto que había encontrado la fórmula para elaborar el famoso oricalco de la Atlántida?

En todo caso, era un problema secundario comparado con aquellas misteriosas desapariciones. Se preguntó si debía advertir a Wanda del posible peligro que corría en aquella casa, aunque no estaba muy seguro de que la falta de discreción de la muchacha puliera delatar sus propósitos. De repente, sintió algo duro en el centro de la espalda.

Detrás de él una voz opaca dijo:

—Levante las manos o haré fuego.

* * *

Bannister, paralizado por el asombro más que por el temor, obedeció en el acto. La misma voz añadió.

—Retroceda paso a paso, sin volver la cabeza… Así, muy bien… Ahora gire un cuarto a su derecha… Atrás, atrás…

Bannister se dio cuenta de que cruzaba el umbral de una puerta. De repente, alguien la cerró de golpe.

Una estruendosa carcajada sonó en sus oídos:

—¡Tonto!

Bannister se volvió. Wanda tiró a un lado la delgada vela con la que había simulado un arma.

—Te he secuestrado —dijo, a la vez que se abalanzaba sobre él.

—Pero, Wanda…

La indumentaria de la modelo era ahora un pijama de raso negro, con los pantalones muy cortos. Bannister trató de defenderse del voraz asalto de la boca femenina, pero todo fue inútil. Por otra parte, Wanda era una mujer de poderoso atractivo sensual y él no había sido nunca insensible a los encantos de un espécimen del sexo opuesto.

Wanda rió alegremente poco después.

—Soy una buena secuestradora, ¿no te parece? —dijo.

Bannister esbozó una sonrisa.

—La verdad es que me diste un buen susto —confesó.

—¿Pensaste que la pistola podía ser de veras?

—Bueno… Wanda, hay algo que me gustaría decirte, pero…

Ella se volvió para mirarle.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas claro de una vez? —exclamó.

—Antes de decirte nada, quiero que me prometas que no repetirás a nadie lo que voy a decirte, ni siquiera a la señora Shainee y mucho menos a Zadd.

—Está bien, pero habla de una vez, no me tengas sobre ascuas.

—Wanda, sospecho que algunas personas que vinieron aquí para servir de modelo a la señora Shainee han desaparecido…

—Oh, ¿es eso lo que te preocupa? —Ella rió alegremente, mientras le abrazaba de nuevo—. La propia Carla me lo ha contado,

Jeff.

—¿Qué te ha contado… qué, Wanda? —preguntó él, estupefacto.

—Parece ser que hay alguien que la tiene tomada con ella. No me dijo el nombre, por supuesto, pero creo que se trata de un comerciante en arte, de mucha importancia, con quien ella tuvo tratos hace tiempo. Por lo visto, ese marchante era un granuja y le robaba el dinero descaradamente, por lo que Carla rompió todo contacto con él. Ahora, el sujeto, viendo que Carla se ha hecho famosa, trata de difamarla por todos los medios… incluyendo la fábula de las desapariciones de los modelos.

—Vaya, sí que es sorprendente —comentó Bannister, perplejo—. Te lo dijo el primer día, supongo.

—Oh, no, esta tarde, poco antes de la cena. Conversamos unos minutos y tú saliste a relucir en el diálogo… sus novelas, sobre todo, claro.

Bannister sintió que sus sospechas se acentuaban. A su vez. ¿Carla y Zadd sospechaban de él?

Wanda le mordisqueó una oreja.

—Recuerda que estás secuestrado —dijo ardientemente.

Los encantos de Wanda eran demasiado poderosos para que Bannister no se olvidase momentáneamente de sus preocupaciones.

A la mañana siguiente, Wanda despertó y estiró los brazos voluptuosamente.

De repente, su mano derecha tocó algo.

Volvió la cabeza.

Un desgarrador alarido brotó de sus labios. Espeluznada, saltó de la cama y corrió hacia la puerta, sin cuidarse en absoluto de su total desnudez.

Los gritos y chillidos que profería Wanda atronaban el interior de la casa. La joven no podía quitarse de la cabeza el espantoso aspecto del cadáver que había encontrado en su propio lecho.

Wanda chilló y chilló hasta que, de repente, sintió que el suelo le fallaba bajo los pies. Resbaló por un plano inclinado, chocó contra algo blando y, casi en el mismo instante, una aguja le pinchó en el brazo izquierdo.

Con ojos desorbitados contempló el rostro de Zadd, inclinado sobre ella. Aterrada, se puso en pie, pero no pudo dar más allá de

una docena de pasos.

Lo último que sintió fue la frialdad de las losas del suelo en su cuerpo. Aquel frío penetró poco a poco en su organismo, hasta que dejó de ver y de oír en absoluto.

CAPÍTULO VIII

Bannister despertó bien entrada la mañana y se sentó en la cama. De pronto, recordó los acontecimientos de la noche pasada.

Asombrado, miró a su alrededor. Tenía puesto el pijama y la bata aparecía correctamente doblada a los pies del lecho.

¿Había vuelto a su dormitorio por propia voluntad?

Si era así, no recordaba haber abandonado la habitación de Wanda.

—A menos que ella me haya drogado…

No habían bebido, lo que excluía la posibilidad de una droga en el licor. Tal vez en los cigarrillos… pero había fumado de los suyos y no parecía lógico que tal droga le hubiera sido colocada en uno de los paquetes de tabaco que había traído en su maletín. Un tanto preocupado, se levantó y fue al baño.

Mientras se secaba después de la ducha, notó un leve escozor en el brazo izquierdo. Levantó el miembro y advirtió en la piel el inconfundible puntito rojizo que había dejado en ella el pinchazo de una aguja de inyecciones.

Un torrente de preguntas se acumuló instantáneamente en su cerebro. La droga, ya no le cabía la menor duda, le había sido inyectada por medio de una jeringuilla. Seguramente, se trataba de un narcótico de baja potencia, lo suficiente, sin embargo, para hacerle dormir algo más de lo normal, aunque sin dejar posteriormente secuelas en su organismo.

Pero había sido lo bastante fuerte como para ser trasladado a su dormitorio sin que se diese cuenta. ¿Era Elmo el que lo había transportado en sus brazos de hércules?

¿Quién le había inyectado la droga?

¿Carla? ¿Zadd?

De repente, sintió que la frente se le inundaba de sudor frío.

—¡Wanda! —exclamó, sin poder contenerse.

¿Qué había sido de la exuberante modelo?

Lleno de las más negras aprensiones, se vistió rápidamente y abandonó el cuarto. Llegó al arranque de la escalera y lanzó un poderoso grito:

—¡Carla, Carla!

Su voz rebotó entre los muros del edificio. Bannister inició el descenso. De pronto, cuando ya llegaba abajo, se encontró con Elmo que transportaba un bulto de forma alargada entre las manos.

—¿Dónde está Wanda? —preguntó, casi con un rugido.

—¿La señorita Wanda? Se marchó, muy temprano. Su trabajo había terminado ya y la señora Shainee la despidió.

Los ojos de Bannister contemplaron el bulto que Elmo sostenía entre sus manos. Estaba cubierto por un gran paño de forma gris, bajo el cual se adivinaban los contornos de una persona.

—Dispense, señor, pero tengo trabajo —se despidió el colosal individuo.

Elmo echó a andar. De repente, una punta del trapo gris se soltó y dejó algo al descubierto.

Bannister sintió que se le erizaban los cabellos al ver un pie humano, casi completamente descarnado, a excepción de algunos jirones de piel gris adheridos a los huesos de los dedos.

Sintió náuseas. Impasible, Elmo continuó su camino y desapareció por la puerta que daba a la cocina.

¿Era aquello todo lo que quedaba de la hermosa Wanda?, se preguntó.

Carla apareció de pronto.

—He creído oír tu voz, Jeff —dijo.

Bannister se volvió hacia ella.

¿Qué horrendos misterios se ocultaban tras aquel bello rostro?

—No… no quería nada en especial. Sólo te llamaba para despedirme de ti…

—¿Te vas tan pronto?

—Sí, he recordado que… que tengo una entrevista con mi editor… Carla, gracias por tu hospitalidad. Saluda a Zadd en mi nombre.

—Así lo haré, Jeff. Vuelve cuando quieras, por favor.

Minutos más tarde, Bannister salía disparado en su coche. Zadd

contempló la marcha del joven desde una ventana.

—Ese hombre me preocupa —dijo.

—¿Temes algo?

—No me fío. De todos modos, podemos interrogar a Wanda. Quizá él le hizo alguna confidencia durante la noche pasada.

—Es una excelente idea, Rex.

Zadd dio media vuelta y ella le siguió. De pronto, la mano femenina se apoyó en el brazo del hombre.

—¿Qué quieres? —preguntó él bruscamente.

—Rex, a veces siento miedo…

—¿De qué? Todo se desarrolla satisfactoriamente. Nadie sospecha nada, nadie, ¿me oyes?

Carla se pasó una mano por la frente.

—Rex, lo siento, hay ocasiones en que no puedo reprimir mis presentimientos. Tenemos suficiente dinero; deberíamos dejarlo todo…

—Imposible —rechazó él la propuesta—. No olvides que nos han pedido una colección de estatuas para la exportación a los Estados Unidos. Veinte obras de arte, a veinticinco mil libras esterlinas. ¿Te imaginas lo que eso significa?

—Sí, pero…

—Realizaremos esas veinte estatuas y nos marcharemos. Serás rica, famosa… más adelante, podrás modelar en mármol si lo prefieres, pero por ahora hemos de continuar, ¿lo oyes?

Carla se estremeció.

—Sí, Rex, lo que tú digas —contestó mansamente.

—Hablaré con Wanda. Ella nos dirá si Bannister le contó algo.

—¿Piensas torturarla?

Zadd soltó una risa demoníaca.

—¿Me crees tan tonto como para destrozar un cuerpo semejante? —contestó—. Tengo escopolamina para conseguir que un elefante cante Parsifal, de modo que Wanda hablará, y nos dirá todo lo que sabe, sin omitir el menor detalle.

* * *

Bannister apuró de un trago la copa que le había servido Janice. Luego dirigió a la muchacha una triste mirada.

—Temo lo peor —dijo.

—Los modelos están dentro del metal de las estatuas —calculó ella.

—Sí, es lo más seguro.

Janice sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda.

—Es horrible —musitó—. ¿A quién se le ha podido ocurrir semejante idea?

—No lo sé, pero tengo la seguridad de que Wanda ha muerto. Nada podemos hacer ya por ella…

—Excepto denunciar el caso a la policía.

—De nada serviría, Janice —estimó Bannister—. ¿Cree que Carla y Zadd no tienen bien tomadas sus medidas para evitar un caso semejante?

—Pero se podría conseguir que alguien rompiera una estatua. Si el cadáver del modelo estuviera dentro, se obtendrían las pruebas necesarias para procesar a esos dos asesinos.

—¿Sí? Janice, ¿quién le dejaría a usted la estatua por la que ha pagado veinte mil libras, para que la destrozase a golpes de mandarria?

Ella asintió melancólicamente.

—Nadie, es cierto —dijo.

—De todos modos, puede haber una solución —dijo él de pronto.

—¿Cuál? —preguntó la muchacha.

—Wanda me citó el nombre del diario en el cual leyó el anuncio en donde se pedía una modelo. Yo estoy suscrito a ese periódico…

—Espere, lo traeré inmediatamente. Hace pocos minutos que ha llegado el correo.

Bannister se quedó solo unos momentos. Nervioso se sirvió otra copa y encendió un cigarrillo.

¿Cuántas personas habían desaparecido en Rothermere Castle?, se preguntó. ¿Qué cantidad de muertes se habían producido en aquella tétrica mansión?

Janice llegó instantes después. Bannister se apodere del periódico.

Minutos más tarde, meneaba la cabeza, defraudado.

—No encuentro ningún artista que necesite un modelo en Rothermere —dijo.

—Wanda acababa de ser contratada. Tal vez soliciten el modelo

dentro de unos días —sugirió Janice.

—Es muy probable —convino él—. Janice, a partir de hoy, estudiaremos detenidamente las páginas de anuncios.

—Sí, señor. Pero ¿qué hará usted cuando encuentre el que le interesa?

—Aún no lo sé, aunque es probable que me presente yo mismo.

—¡Pero ella le conoce!

Bannister se mordió el labio inferior.

—Ése es el problema principal —dijo—. Tengo que encontrar la solución… porque usted recuerda que Carla ha empleado lo mismo modelos masculinos que femeninos, aunque éstos hayan tenido más éxito. Pero algún día llamará a un hombre…

—Y entonces, usted ocupará su puesto.

—Trataré de ocuparlo, Janice. Ella me lo propuso ya.

—A mí se me está ocurriendo una idea —dijo la muchacha.

—¿De qué se trata?

—Puede decirse que tenemos a Lucy Gillespie de nuestro lado. ¿Por qué no vamos a verla, con disimulo, claro, y le decimos que… que espíe para nosotros?

Bannister entornó los ojos.

—Déjeme pensar en la mejor forma de hablar con esa pobre mujer —pidió.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Aguardaré una semana, para ver si sale en el periódico algún anuncio pidiendo modelos. Pasado ese tiempo, iré a Shammax Village.

—¿Y las estatuas? ¿Cómo sabremos si contienen o no los cadáveres de sus modelos?

—También tendré que pensar en una solución para ese problema —respondió él, muy preocupado.

* * *

Siete días después, Janice encontró un anuncio en el diario. Apenas lo hubo leído, corrió a ver a su jefe.

—Mire —exclamó excitadamente.

Bannister leyó el anuncio con todo detenimiento. Una cosa rara encontró en aquella especie de llamada.

—Deben telefonear antes, pidiendo hora para la entrevista, caso

de que su fotografía haya sido aceptada. Pero el teléfono corresponde a la taberna de Gillespie.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Me fijé en el número del teléfono de Rothermere. No es el que se cita en el diario.

—¿Por qué no admiten la llamada directamente?

—Tal vez sea para no comprometerse… pero una cosa es segura —contestó Bannister—. Dentro de dos horas, pienso estar en Shammax Village.

Janice se alarmó.

—¡Pero le reconocerán…!

—¿Cree que no estoy preparado para la eventualidad? —sonrió él.

Bannister se retiró a su habitación. Janice quedó en la sala, sumamente preocupada, temerosa de los peligros a que el joven se podría exponer. ¿Por qué no dejaba que fuese la policía quién se ocupase de todo?

Sentíase tentada de pedirle que le dejase acompañarle, pero tenía la seguridad de una respuesta negativa. No obstante, ¿por qué no intentar la aventura por su cuenta, después de que él se hubiera marchado?

Arregló unos papeles, pero su atención estaba muy lejos del trabajo. Pasada media hora, inquieta y nerviosa, abandonó el despacho.

Al salir al vestíbulo vio a un hombre alto y fornido, con grandes gafas de color y un enorme mostacho, que manipulaba con una pistola de pequeño calibre. Janice no se pudo contener y lanzó un chillido de susto.

—No grite usted, mujer —sonrió el individuo—. Lo que menos pensaría yo es en hacerle algún daño.

Janice contempló al desconocido con ojos llenos de pasmo.

—E… es… usted… —tartamudeó.

—El disfraz es perfecto, ¿verdad?

Ella emitió un profundo suspiro.

—No sabe el pánico que he sentido —confesó—. Por un momento, pensé en un asesino profesional, enviado para matarle a usted.

—Demasiado melodramática —respondió Bannister—. No hay

motivo para sentir tanta alarma, aunque admito que me halaga.

—No dormiré mientras usted está en aquella horrible mansión, se lo aseguro.

—Le aconsejo que no se preocupe —insistió él. Se inclinó y levantó el maletín que ya tenía preparado—. Peter Mainton se despide de usted, señorita. Willis.

—Peter Mainton es el nombre que piensa usar con esa apariencia.

—Exactamente. Deséeme buena suerte, Janice.

Bannister salió de la casa y subió al coche. Janice pegó la frente a los vidrios de la ventana. Y se preguntó si aquel temor era debido a la probabilidad de quedarse sin empleo, si a él le pasaba algo, o sentía miedo simplemente por el hombre.

El coche desapareció de su vista. Janice se hizo una promesa a sí misma: si dentro de dos o tres días no tenía noticias de Bannister, ella iría a Rothermere Castle.

* * *

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó Gillespie cortésmente.

Bannister se acarició una de las guías de su frondoso mostacho. El disfraz era perfecto; Gillespie no le había reconocido.

—Póngame un *whisky* doble —pidió con voz hueca—. Y, dígame una cosa: ¿conoce usted el camino de Rothermere Castle?

—¿Por qué lo pregunta?

—Allí piden modelos de ambos sexos.

Gillespie miró a su cliente de pies a cabeza.

—Ha leído el periódico —dijo.

—Sí. La paga es buena. Estoy sin trabajo y necesito el dinero.

—Usted no tiene aspecto…

—Deje que eso lo decida el artista —cortó Bannister con cierto acento de desprecio—. ¿Me va a pagar usted el sueldo?

—Dispense, señor —respondió Gillespie con algo más de humildad—. No quise ofenderle… pero ¿cómo sabe que yo puedo ponerle en contacto con Rothermere? Bannister soltó una risita.

—Conozco las claves telefónicas de la comarca —mintió—. Hubo un tiempo en que yo andaba reparando postes de teléfono. He hecho de todo, ¿sabe?

—Sí, claro… Aguarde unos momentos, señor… ¿Cómo ha dicho

que se llama?

—Peter Mainton.

—Muchas gracias, señor Mainton.

Gillespie entró en el interior de la vivienda. En aquel momento, se abrió la puerta de la calle y entró Lucy cargada con algunos paquetes.

La mujer le saludó con indiferente cortesía. Bannister extendió una mano.

—No siga, Lucy —dijo en voz muy baja—. Aunque no lo crea, soy Bannister. Por favor, no grite, su esposo está telefoneando ahí adentro.

Ella le miró con expresión atónita.

—Usted…

—Sí, estoy disfrazado y me hago llamar Peter Mainton. Escuche, voy a ver si consigo introducirme en Rothermere. Cuando esté allí, si usted nota algo raro o se entera de que otra persona va allí, haga el favor de emplear el teléfono.

—Pero ellos podrían oírle…

Bannister sonrió.

—No será necesario que nadie conteste a su llamada. Deje que el timbre suene cuatro veces; yo entenderé que usted avisa de que alguien va hacia allí. ¿Ha, comprendido? Si alguien levantase el teléfono antes de que sonaran los cuatro timbrazos, usted lo cuelga sin pronunciar una sola palabra.

—Entendido —dijo ella.

—Y no se preocupe de más; todo saldrá bien.

Ella hizo un rápido gesto de asentimiento y siguió su camino. Segundos más tarde, Gillespie apareció de nuevo ante sus ojos.

—Lo siento, señor Mainton —dijo—. En Rothermere Castle no necesitan ningún modelo.

CAPÍTULO IX

Bannister no había conseguido aún coordinar sus pensamientos. Creía que su plan era bueno, pero, de repente, una simple negativa, había bastado para trastocar sus planes.

Durante un rato, estuvo sentado ante una mesa, tratando de hallar una segunda solución de recambio, aunque no daba con ninguna viable, Gillespie le observaba fijamente, por lo que llegó a sentirse incómodo. Al fin, decidió marcharse.

¿Había sido reconocido?, se preguntó.

Cuando salía, se cruzó con un hombre joven y bien parecido. El recién llegado le saludó brevemente y entró en la taberna.

Bannister concibió una idea. En lugar de subir al coche, pegó la espalda a la pared y, alargando la mano izquierda, entreabrió la puerta.

—Buenos días —dijo el joven—. Soy Roger Morris. Me dijeron por teléfono que viniera aquí para optar al empleo de modelo en Rothermere Castle.

—¿Qué tal, señor Morris? —Saludó Gillespie—. Sí, recuerdo su llamada perfectamente, aunque si no me equivoco, debía de haber enviado usted una fotografía…

—La envié —contestó el forastero—. A estas horas, la tienen en Rothermere. Oiga, esta forma de contratar a la gente, parece digna de una novela de espías…

—La señora Shainee es un poco rara —sonrió el tabernero—. Ya sabe, los artistas tienen sus cosas.

—Por supuesto.

—Le pondré una copa para que beba mientras telefoneo a Rothermere, señor Morris.

Bannister ya no quiso escuchar más; despegó el cuerpo de la pared y subió a su coche. Al lado había un «Mini» de matrícula

bastante antigua, lo que indicaba que las finanzas de Morris no marchaban demasiado boyantes.

Un cuarto de hora más tarde, el «Mini» encontró bloqueado el camino a Rothermere Castle. Furioso, su dueño se apeó y caminó al encuentro de Bannister, quien fumaba apaciblemente, apoyado en la carrocería de su coche.

—Oiga, tengo que pasar por ahí… Si trata de atracarme, le diré que sólo llevo libra y media en los bolsillos.

—Puede marcharse de aquí con cincuenta, si sigue recto hacia el Norte y dobla hacia el Este en la próxima bifurcación, a seis kilómetros, para regresar a Londres —contestó Bannister sin inmutarse.

Morris se quedó con la boca abierta.

—¿Qué está diciendo? —exclamó.

Bannister sacó cinco billetes de diez libras.

—Aquí tiene el dinero. Olvídese del empleo de modelo —dijo.

—Pero yo podría haber estado ahí semanas enteras. A treinta libras por semana…

—Los modelos de la señora Shainee sólo duran una semana. Lo sé muy bien, se lo aseguro.

Morris le miró oblicuamente.

—Creo que entiendo. Usted tiene celos.

—Sí, exactamente.

—Está bien. —Morris agarró el dinero—. Vale más pájaro en mano…

—Una estupenda manera de pensar. Por favor, amigo Roger —dijo Bannister de pronto—, la fotografía que usted envió, ¿era en color o blanco y negro?

—Blanco y negro.

Bannister sonrió, mientras se acariciaba el bigote.

—Muchas gracias y buen viaje —despidió al individuo.

Morris usaba bigote, aunque mucho menos frondoso Los dos eran de la misma edad y en las facciones de ambos no había ningún detalle que resaltase de un modo especial. La fotografía en blanco y negro, además, serviría para ocultar el detalle de que el bigote de Morris era de color castaño oscuro, mientras que el suyo era negro.

Se lo quitó y lo recortó con unas tijeras que extrajo de su maletín de aseo. Al cabo de un rato, se lo puso y contempló el

resultado de su obra en el retrovisor del coche.

—Perfecto —dijo a media voz.

Salió del coche nuevamente y se dirigió al maletero. Pinchó la rueda de repuesto y dejó que el aire se escapase por completo. Luego dejó pasar el tiempo que habría empleado para el cambio de rueda. Cuando creyó que era la hora, reemprendió la marcha hacia Rothermere Castle.

Carla en persona abrió la puerta, Bannister trató de mantenerse impasible. ¿Le reconocería ella, pese al disfraz?

—¿Señora Shainee?

—Sí —dijo ella.

—Soy Roger Morris. Le envié mi fotografía. El señor Gillespie…

Carla sonrió dulcemente, a la vez que se apartaba a un lado.

—Sí, nos ha avisado —dijo—. Pero observo que ha tardado bastante en llegar desde Shammax Village.

—Tuve la desgracia de que se pinchara una rueda del coche, señora.

—Oh… Bien, no se preocupe usted; Elmo, mi criado, se ocupará de la reparación.

Carla se detuvo en el centro del vestíbulo y contempló críticamente al recién llegado.

—Será un buen modelo —dijo, tras unos segundos de pausa.

—Nada me complacería más, que colaborar con usted en una de sus maravillosas obras de arte, señora Shainee —manifestó Bannister engoladamente.

* * *

Las primeras sesiones, de dos horas diarias cada una, fueron destinadas a bosquejos y bocetos a lápiz. Bannister posaba desnudo, a excepción de un diminuto *slip*. Carla dibujaba sin cesar y rompía con frecuencia muchos de sus trabajos. Bannister se sentía satisfecho; hasta el momento, la superchería no había sido descubierta.

Zadd entraba de cuando en cuando en el estudio y contemplaba la obra de la mujer. En alguna ocasión, se acercó al joven y tomó sus medidas corporales. Bannister se estremecía, pensando en que tal vez podría acabar dentro de una de aquellas figuras de oricalco.

Después de la tercera sesión, Zadd se acercó a Carla y le dijo que

todo estaba dispuesto. Carla asintió con un breve movimiento de cabeza.

—Pero no tenemos ningún modelo femenino —añadió.

—Nadie más que el señor Morris ha contestado al anuncio —se disculpó Zadd.

—Pagamos poco, Rex.

Zadd salió encogiéndose de hombros. Carla dejó los lápices a un lado y se dirigió sonriente al modelo:

—Puede vestirse, señor Morris —indicó—. Por hoy, es más que suficiente.

—Mil gracias, señora.

—A usted. Por cierto, me gustaría invitarle a tomar una copa.

—Será un placer, señora.

Bannister notó más tarde que la actitud fría y distante de Carla había cambiado radicalmente. Empezó a comprender los motivos de tal cambio.

Charlaron en el salón durante largo rato. Carla se le insinuó de un modo casi descarado. Bannister le siguió el juego.

En cierta ocasión se acercó a ella. Iba a abrazarla cuando, de repente, se abrió la puerta.

—Dispensen —se excusó Zadd—. Carla, creo que tenemos un modelo femenino.

—¿Sí? —dijo ella con indiferencia.

—Estoy seguro de que la señora Gillespie accedería posar para ti. ¿Te parece bien que hable con ella?

—No hay inconveniente, Rex.

Zadd se marchó. Carla se enfrentó de nuevo con el joven.

—¿Decía usted, señor Morris…?

—Lo que yo quiero decirle no se puede decir en un lugar público, señora —sonrió él.

—Estamos en el salón de mi casa.

—Sí, pero la gente entra y sale cuando menos lo espera uno.

Carla entornó los ojos.

—Creo que le entiendo —murmuró—. Está bien, luego le indicaré un sitio y una hora donde podremos conversar sin temor a que nos interrumpan.

A las once de la noche, Bannister sintió que se abría la puerta de su dormitorio.

Carla, ataviada con un peinador blanco, de tejido finísimo, apareció en el umbral.

—Ahora podemos hablar sin temor a interrupciones —dijo.

Bannister se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Hay momentos en que las palabras sobran —murmuró.

* * *

Carla se levantó y contempló al durmiente. Un hondo suspiro brotó de su pecho.

—Es tan guapo —murmuró.

Salió de la estancia. Un hombre aguardaba en el exterior.

—Listo, Elmo —dijo.

—Sí, señora.

Minutos más tarde, Elmo ponía en la cama, junto a Bannister, un esqueleto con algunos huesos recubiertos de piel grisácea. Sin hacer ruido, se marchó y cerró la puerta de nuevo.

A los pocos segundos, Bannister se sentó en la cama y contempló aquella horrenda visión. El horrible olor que despedía el esqueleto, no muy intenso por otra parte, era evidentemente artificial.

Encendió un cigarrillo. Eran las dos de la madrugada. Tenía tiempo. Ellos le creían dormido, se dijo.

Transcurrida una hora, Bannister salió al pasillo y escuchó atentamente. Al cabo de unos momentos, se acercó al dormitorio de Carla.

Abrió sin hacer el menor ruido. La mujer dormía apaciblemente. Bannister se acercó a una silla y tomó su peinador de tules. Salió con el mismo sigilo que a su llegada y volvió a su habitación.

Carla no se había despertado, Bannister sabía que ella había tomado un sedante; lo había dicho en algún momento de la conversación. Por tanto, podía aprovechar su profundo sueño.

Con el peinador, vistió a la momia casi descarnada y cargó con ella en los brazos. Los huesos, advirtió, estaban unidos por ligamentos artificiales, de lo contrario, ya se habrían soltado unos de otros.

Buscó la habitación de Elmo. El gigantesco sujeto dormía profundamente.

Bannister colocó el esqueleto a su lado. Luego se marchó.

Carla seguía dormida cuando entró por segunda vez en su

habitación. Levantó su cuerpo en brazos y salió, para ir en busca de la escalera que conducía al ático.

Había estado ya allí, en una sigilosa exploración realizada dos días antes. Buscaba la fundición, pero no había conseguido encontrarla.

Sin embargo, había visto algo que ahora podía servirle. Al terror que empleaban los habitantes de aquella siniestra mansión, él contestaría con su propio terror.

Carla quedó sentada en el suelo, con la cabeza sobre el pecho y la espalda apoyada en la pared. Una gruesa cadena rodeaba su cintura e iba a parar a una anilla encastrada en el muro. Bannister se imaginó el susto que recibiría al despertarse.

Luego regresó al dormitorio. Se lavó bien y se metió en la cama.

Ahora sólo cabía esperar el resultado de su obra.

* * *

Un horrible alarido resonó en la casa apenas se hizo de día.

Bannister salió de la cama y corrió hacia la puerta. Al abrirse, se tropezó con Zadd.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién grita? —preguntó.

Zadd le miró estupefacto. Bannister comprendía muy bien los motivos de su asombro.

Los gritos continuaban sonando, con una potencia indescriptible. De súbito, Elmo apareció por el extremo del corredor, aullando frenéticamente.

—Está muerta… Es sólo un esqueleto.

Súbitamente, un sector del suelo se abrió bajo los pies del gigantesco individuo. Elmo lanzó un alarido todavía más penetrante y desapareció de la vista de los dos hombres.

Bannister oyó un horrible chasquido de huesos. Un segundo después, el suelo volvía a tomar su aspecto ordinario.

—Pero ¿qué le pasa a ese pobre hombre? —exclamó—. ¿Acaso se ha vuelto loco?

—Entre en su habitación y no se preocupe de más —gruñó Zadd.

—Oiga, es que yo…

—¡Obedezca!

—Está bien. —Bannister se encogió de hombros—. Yo sólo quería…

—Si lo que va a decir es que ofrece su ayuda, debe saber que no la necesitamos para nada —contestó Zadd abruptamente.

—La amabilidad no parece ser su virtud más destacada, ¿eh?

—¿Quiere entrar ahí de una vez? —chilló el sujeto, fuera de sí.

—Bueno, hombre, bueno… Vaya unos modales… —refunfuñó Bannister, ficticiamente indignado.

Zadd tiró de la puerta hacia sí. Bannister vio la llave por dentro y la retiró velozmente. Un segundo después, Zadd volvía a abrir. Asomó la cabeza y miró al interior de la puerta.

—¿Dónde está la llave? —preguntó.

—¿La llave? ¿Había aquí una llave?

Zadd lanzó una horrible maldición y salió disparado Bannister se asomó con gran cautela y pudo darse cuenta de que el individuo entraba en el dormitorio de la escultora.

—¡Carla…!

Pero se calló en el acto. Bannister adivinó que el sujeto acababa de ver vacía la cama de Carla.

Ella había ocupado el lecho, aunque no durante mucho rato. Sin embargo, era suficiente para que Zadd se diese cuenta de que se había acostado. Luego había desaparecido y…

—¡Carla! —gritó—. ¡Contesta! ¿Estás en el baño?

De repente, un horrible alarido bajó de la parte superior del edificio.

Zadd salió al pasillo de un salto.

El alarido se repitió. Bannister comprendió que Carla ya se había despertado.

—¡Rex, Rex! ¡Sácame de aquí! ¡Estoy encadenada!

Zadd echó a correr hacia la escalera. Los chillidos de Carla eran espeluznantes.

Bannister salió de su dormitorio. Estaba seguro de que Zadd tardaría todavía un buen rato en liberar a Carla de la cadena que la sujetaba al muro.

Paso a paso, procuró acercarse al lugar donde había visto desaparecer a Elmo. Fue tanteando con los pies, hasta que notó que el suelo cedía ligeramente.

Entonces, se puso a gatas. Empujó con ambas manos y la trampilla se movió hacia abajo. Bannister la sostuvo unos momentos, tratando de averiguar lo que había en el subsuelo del

edificio.

La luz era más bien escasa. Bannister, sin embargo, consiguió ver una rampa inclinada, al pie de la cual se veía un cuerpo retorcido en trágica postura.

Había sangre en torno a la cabeza de Elmo. Bannister adivinó que el sujeto había volteado al resbalar por la rampa, estrellándose de cabeza contra el suelo.

La distancia era bastante grande, el equivalente a dos pisos de techos muy elevados. Unos diez metros, calculó Bannister. No le extrañó, pues, que Elmo se hubiese roto el cráneo, al chocar contra el suelo del sótano, en el cual, sin lugar a dudas, estaba instalada la fundición donde Carla elaboraba sus macabras estatuas.

La trampilla, calculó, debía de estar sujeta en circunstancias ordinarias. ¿Habían supuesto que él, al ver el esqueleto, iba a salir corriendo enloquecido de su dormitorio?

Se puso en pie. El suelo quedó con su apariencia normal. De repente, se dio cuenta de que, más adelante, Zadd y Carla buscarían el esqueleto.

Corrió al cuarto de Elmo y sacó el macabro objeto, que transportó de nuevo a su habitación. Ya protestaría cuando llegase el momento. Lo importante era desconcertar a aquellos dos asesinos.

Porque no le cabía la menor duda de que en Rothermere Castle se habían cometido muchos crímenes.

Una hora más tarde, vio a Zadd y a Carla que descendían del ático. Ella lloraba desconsoladamente, terriblemente afligida por el terror que, sin duda, había pasado durante todo el rato. Zadd, por el contrario, aparecía lleno de furia.

—Elmo se ha matado —dijo él—. Tendremos que llamar a Gillespie para que nos ayude.

Carla asintió mansamente.

—He pasado un miedo horrible.

—Pero ¿quién diablos te llevó al ático?

—No lo sé. Estuve con Morris hasta las dos, fui a mi habitación y me dormí. Cuando desperté, ya estaba allá arriba, encadenada… Creí que iba a volverme loca, pensaba que moriría de hambre y sed…

—No entiendo quién pudo hacer una cosa semejante. —De

repente, Zadd se volvió hacia ella—. ¿Enloqueció Elmo?

De súbito, Carla se volvió hacia Zadd y le agarró por las solapas con gesto convulso.

—Rex, por lo que más quieras, abandonemos esto. Ya no nos hace falta el dinero. Tenemos suficiente… Dejemos Rothermere.

Zadd se zafó de las manos de Carla y, a su vez, la asió por los hombros, sacudiéndola con fuerza.

—Todavía no, ¿me oyes? Todavía no —repitió varias veces—. Métete esto en la cabeza: nos iremos de aquí cuando yo lo diga, pero ni un minuto antes. No vuelvas a hablarme de ese tema, te lo prohíbo terminantemente.

Ella bajó la cabeza.

—Perdóname, Rex —murmuró—. Lo dije sin pensar…

—Comprendo tu estado de ánimo, pero es necesario seguir todavía algún tiempo. Luego, sí, nos iremos, muy lejos de aquí, a un país soleado, donde puedas disfrutar de tranquilidad y calma absolutas.

—Sí, Rex, lo que tú digas.

Bannister escuchaba la conversación. Ahora podía darse cuenta claramente de que Carla era un juguete en manos de aquel hombre. ¿Cómo era posible, se preguntó, una sumisión de caracteres tan abyectos?

—Ahora, espera aquí un momento. Luego me ocuparé del cuerpo de Elmo —añadió Zadd.

Bannister presintió que el sujeto se dirigía a su habitación y corrió al cuarto de baño. Instantes después, oía la voz de Zadd:

—¡Señor Morris!

—Estoy en el baño —contestó el joven—. ¿Puedo servirle en algo?

Zadd demoró la respuesta unos segundos. Bannister comprendió que estaba explorando la habitación con la mirada.

—No, nada, muchas gracias. Sólo quería decirle que la señora Shainee se siente hoy indispuesta. No habrá sesión, ¿comprende?

—Muy bien, como usted diga. Exprésele mis mejores sentimientos, señor Zadd.

La puerta se cerró. Bannister salió del baño.

Sonrió.

¿Qué habría pensado Zadd al no ver el esqueleto,

prudentemente oculto en el ropero?

Luego dirigió su mirada hacia el lugar donde se encontraba la trampilla de acceso al sótano. Era obvio que debía de haber otra forma de llegar hasta allí, pero debía mostrarse muy prudente al buscarla.

El teléfono sonó de pronto en la planta baja. Bannister escuchó con infinita atención.

Contó las series de timbrazos. Al llegar al número cinco, respiró aliviado.

Momentos después, oyó la voz de Zadd:

—Cierre el local y venga hacia aquí, Gillespie, le necesito.

La conversación fue muy breve. Zadd abandonó el salón y cruzó el vestíbulo. ¿Era aquél el camino del sótano?

Pasaron unos minutos. De pronto, el teléfono sonó de nuevo.

Bannister volvió a contar los timbrazos. Esta vez, después del cuarto, la campanilla se paralizó.

Alguien venía hacia Rothermere Castle. ¿Quién era?

CAPÍTULO X

Zadd abrió la puerta y contempló a la hermosa muchacha que estaba en el umbral.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó.

—He oído decir que necesitan modelos —dijo Janice—. Creo que yo podía servirles para el caso.

Zadd escrutó a la muchacha detenidamente.

—Está bien, entre —accedió.

Janice cruzó el umbral y estudió con detenimiento el interior del edificio. Bannister, apostado en la escalera superior, se quedó pasmado al reconocer a la muchacha.

—¿Qué hace esa loca por aquí? —Gruñó.

—Sígame, por favor, señorita… No me ha dicho su nombre —habló Zadd.

—Jenny Smith —mintió ella desenvueltamente.

—Está bien, señorita Smith. Tenga la bondad de pasar a este salón y espéreme unos momentos, por favor.

—Está bien, muchas gracias.

Zadd desapareció. Janice se paseó por el amplio salón, contemplando distraídamente algunos de los cuadros que colgaban de las paredes. De repente se abrió la puerta.

—Loca —murmuró Bannister—. ¿Qué diablos ha venido a hacer aquí?

Ella se volvió, sorprendida.

—Oiga, no le tolero… Ah, es usted —exclamó, al reconocerle.

—Sí, soy yo, pero ahora me llamo Roger Morris, entiéndalo bien. ¿De dónde ha salido esa disparatada idea de venir a este antro de crímenes?

Mimosamente, Janice se acercó a Bannister.

—¿Es que no lo comprende? Tenía miedo de que le sucediera

algo…

Los ojos del joven se elevaron al techo.

—Hay que ser paciente —murmuró.

—Sí, eso —convino ella con radiante sonrisa—. ¿Ha averiguado algo?

—No demasiado, pero éste no es el momento de hablar. Se ha ofrecido como modelo, ¿no es así?

—¿Podía venir a Rothermere con otro pretexto?

—No, si guapa lo es… y tiene una bonita figura.

—¿De veras? Jeff, su opinión es lo que más me importa en este mundo —exclamó ella con singular vehemencia.

Y fue a besarle, pero él se apartó rápidamente.

—Dejémonos de efusiones —masculló, a la vez que se llevaba la mano al labio superior—. El bigote podría despegarse.

—¿Seguro? —sonrió ella maliciosamente.

La puerta se abrió de repente.

—¿Qué hace usted aquí? —Exclamó Zadd de mal humor—. Salga inmediatamente, señor Morris.

—Sí, al momento.

Bannister se encaminó hacia la puerta. Zadd se apartó a un lado.

—No meta sus narices en lo que no le importa —gruñó.

—Usted me manda —sonrió el joven.

Cerró lo puerta y subió al primer piso. Ello le impidió ver el súbito ataque de Zadd a Janice.

Fue una acción completamente inesperada. Zadd agarró el brazo izquierdo de la muchacha con una mano y, con la otra le clavó la aguja de una jeringuilla de inyecciones, antes de que la sorprendida Janice pudiera ofrecer una eficaz resistencia.

—¿Por qué ha hecho eso? —gritó.

Zadd sonrió de un modo que hizo pensar a Janice se hallaba ante un demonio.

—Porque sospecho de usted, sencillamente; porque ha venido aquí como modelo, sin enviar previamente la fotografía, tal como hubiera debido hacer, de haber seguido puntualmente las instrucciones del anuncio —contestó aquel diabólico sujeto.

La droga era de acción muy rápida, Janice sintió un vivísimo mareo y todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Quiso hablar, pero la lengua se le pegó al paladar.

Sus rodillas se doblaron. Fríamente, Zadd permitió que la muchacha cayera al suelo.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Zadd abandonó el salón, cruzó el vestíbulo y abrió.

—Entra —dijo al recién llegado—. Tengo trabajo para ti.

—Sí, señor —contestó Gillespie.

* * *

Tumbado en su cama, Bannister dejaba pasar el tiempo. Era preciso que hablase con Janice, para advertirle de los peligros que corría, pero debía hacerlo en un momento en que pudiera conversar a solas, sin peligro de ser escuchados por un testigo inoportuno.

De pronto, oyó pasos.

Saltó de la cama y se acercó a la puerta. Abrió una rendija muy pequeña y aguzó el oído.

—Métela en esa habitación —ordenó Zadd.

—Sí, señor.

La voz del segundo individuo pertenecía a Gillespie. Bannister la reconoció en el acto.

¿Hablaban de Janice?, se preguntó.

—¿Qué piensa hacer con ella? —inquirió Gillespie, minutos más tarde.

—Ya lo sabrás. Ahora, ven conmigo, tenemos trabajo.

Los dos hombres se alejaron hacia la escalera.

—¿Sospecha de la chica? —preguntó Gillespie.

—Sí. Ha hablado, aunque no mucho. Debe de tener una mente muy fuerte. Pero ha dicho lo suficiente para que haya podido darme cuenta de que ha venido a meter las narices donde no debe.

—Eso no es bueno —dijo el tabernero.

—Para ella, en todo caso.

Bannister se estremeció. Sin embargo, supo conservar la suficiente serenidad para dejar pasar algunos minutos.

Luego, cuando estuvo seguro de no ser visto, salió de su cuarto y corrió al que Janice ocupaba en aquellos momentos. Abrió la puerta y recibió una fortísima impresión.

Había sobre la cama un bulto cubierto por una mortaja blanca, Bannister sintió que se mareaba.

—Ya ha muerto…

Lentamente, avanzó hacia la cama.

Su mano derecha se posó sobre el cuerpo inerte. Pronto pudo advertir el rítmico movimiento del pecho de la joven.

Lanzó un suspiro de alivio. La mortaja no era tal, sino un enorme saco de lienzo blanco, que se ataba por los pies. Bannister dejó libre a la muchacha y se preguntó de qué forma podría engañar a aquellos dos miserables individuos.

Janice estaba dormida. Seguramente, dormiría mucho rato todavía. Era indudable que Zadd la había narcotizado.

Se dijo que debía buscar algo para despertarla, Cuando se disponía a abandonar la habitación, oyó voces en la planta baja.

—Suba al primer piso y llame a la señora Shainee —ordenó Zadd—. Está en la habitación que hay frente a la escalera.

—Sí, señor.

Bannister se quedó en el mismo sitio. Segundos después, volvió a escuchar la voz de Gillespie:

—Señor Zadd, la señora Shainee está dormida.

Se oyó una maldición.

—Esa mujer… Seguro que se ha drogado otra vez. Está bien, lo haremos nosotros dos. Venga conmigo, Stan.

Los dos hombres se alejaron. Bannister tuvo tiempo todavía de oír a Zadd.

—Stan, necesitaremos a su esposa como modelo.

—Le consultaré a ella.

—¿Qué clase de marido es usted, que no sabe dar una orden a su esposa? —dijo Zadd irónicamente.

Las voces de los sujetos se extinguieron. Entonces Bannister cargó con el cuerpo inerte de Janice y la llevó a su dormitorio.

Acto seguido, fue al de Carla y la llevó a la habitación en donde había encontrado a Janice. Luego metió a Carla en aquel saco de lienzo y ató la boca de modo que hasta los pies quedaran ocultos.

—Se van a llevar un buen chasco cuando descubran el cuerpo y vean que no es el de Janice —murmuró para sí.

Pero, de pronto, pensó que todavía le faltaba otra cosa.

Era evidente que Gillespie iba a quedarse en la casa, en sustitución de Elmo. ¿Por qué no darle un buen susto?

Minutos después, el esqueleto salía de su armario, para ir a parar a la habitación que Gillespie ocuparía. Lógicamente, pensó,

sería la de Elmo.

Al terminar, sacó su pistola y la contempló pensativamente.

Había hecho el tonto, se dijo. Para evitar complicaciones, la había traído descargada, más como medio intimidatorio que de acción efectiva. Ahora, sin embargo, lo lamentaba.

No obstante, la vista de un arma siempre imponía, se dijo. Zadd y Gillespie eran dos sujetos que parecían dispuestos a todo.

De nuevo en su dormitorio, trató de despertar a Janice. La puerta estaba cerrada con llave, a fin de evitar sorpresas perniciosas. Pasado un buen rato, la muchacha empezó a dar señales de vida.

Bannister la hizo ponerse en pie y la condujo al cuarto de baño, obligándola a hacerse frecuentes abluciones con agua fría en el lavabo. Lo único que lamentaba era no tener a mano una jarra llena de café.

A pesar de todo, Janice no acababa de coordinar sus pensamientos. Podía moverse y obedecer órdenes, pero era incapaz de actuar por sí misma. Bannister la hizo sentarse y envolvió su cuerpo en una manta. Era preciso contrarrestar los efectos depresivos del narcótico.

—Aguarde aquí, Janice —dijo.

—Sí, señor —contestó ella mansamente.

Bannister abrió la puerta y escruto el pasillo. Todo aparecía en silencio. Después de, cerrar con llave, corrió escaleras abajo, llegó a la cocina y puso agua a calentar.

El tiempo se le hizo interminable hasta que hubo terminado de hacer el café. Era fácil darse cuenta de que estaban en compañía de unos sujetos de maldad infinita, que no repararían en medio para deshacerse de ellos, si estimaban que su presencia en la casa podía resultarles comprometedora.

De nuevo volvió a la habitación. Janice, a la fuerza, se tomó dos grandes vasos de café, fuerte y puro, sin azúcar. Bannister se había subido consigo también media botella de *whisky*, que había encontrado en una alacena de la cocina, pero no quiso darle alcohol. Antes, Janice debía eliminar de su organismo todos los restos del narcótico.

Pasada media hora, Janice alzó la cabeza y sonrió.

—Me encuentro mucho mejor —dijo.

—Pruebe a dar unos paseos por el dormitorio —indicó él—. Descalza, para no hacer ruido con los tacones de los zapatos.

Ella obedeció, Al cabo de unos minutos anunció que iba a darse una ducha.

—Creo que con eso me aliviaré por completo —manifestó.

—De acuerdo, yo vigilaré mientras tanto.

De repente sonaron voces al otro lado de la puerta. Bannister extendió su mano.

—Aguarde unos minutos, Janice —pidió.

En el pasillo, Gillespie dijo.

—Oiga, jefe, eso que piensa hacer me parece un poco fuerte.

—En primer lugar, no me líame jefe; es algo que me revienta, ¿lo entiende? Y, en segundo, usted está aquí para obedecer mis órdenes, sépalo bien de una vez, Stan.

—Por el precio que me paga…

—Su sueldo será de setenta y cinco libras semanales, a partir de ahora —anunció Zadd—. Pero, por otra parte no deje de olvidar nunca que está tan metido hasta el cuello en este asunto, como pueda estarlo yo.

—Eso es cierto —convino Gillespie.

—En tal caso, no se hable más. Vamos, cargue con la chica.

—Al menos, tenemos la ventaja de que no quedará rastro de ella.

Bannister no oyó las últimas palabras, pronunciadas entre dientes, cuando ya Zadd abría la puerta de la estancia donde habían dejado a Janice.

Momentos después, Gillespie salía cargado con aquel saco que contenía un cuerpo humano. Zadd cerró la puerta. Gillespie le hizo una pregunta:

—¿Qué hace el escritor?

—No se preocupe; Carla se encargará de él.

—Vamos, Janice —dijo Bannister—, ya puede meterse en la ducha.

La joven se dirigió al cuarto de baño. Bannister se arriesgó a abrir la puerta.

El interior de la casa estaba en silencio. Pisando de puntillas, Bannister se acercó al lugar donde estaba la trampilla. Después de arrodillarse, probó con ambas manos.

La trampilla cedió. Bannister pudo darse cuenta ahora de que el subterráneo que había bajo él estaba brillantemente iluminado.

Igualmente divisó una especie de bañera de piedra, de paredes muy gruesas. El saco con su contenido humano estaba en el interior de la bañera.

De pronto, un líquido espeso y de color gris verdoso empezó a entrar en la bañera a borbotones, procedente de una manguera de vidrio, de casi cinco centímetros de diámetro. Casi en el acto se oyó un horrible alarido.

La mujer que estaba dentro del saco se agitó espantosamente. El dolor que sentía le infundió unas fuerzas enormes y, con las uñas, rasgó el lienzo.

Atónitos, Zadd y Gillespie vieron el rostro deformado de Carla.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —gritó el primero.

La entrada del ácido era rapidísima, Carla seguía chillando horriblemente, pero, de repente, el líquido corrosivo llegó a su garganta.

Se había sentado en la bañera durante un momento. Luego cayó hacia atrás, emitiendo gritos inarticulados, que sólo cesaron cuando el ácido quemó su cuello y su boca.

Un hedor espantoso brotaba del subterráneo. Mareado, sintiendo unas horribles náuseas, Bannister abandonó su observatorio y regresó corriendo a la habitación.

Agarró la botella de *whisky* y bebió un largo trago. Janice le sorprendió con la botella en alto.

—Eh, que no son horas de emborracharse —le recriminó jovialmente.

Bannister se volvió hacia ella y la miró con ojos llenos de aflicción.

—Janice, debe saber que está hablando con un asesino —dijo.

Ella retrocedió un paso, con el horror reflejado en su rostro.

—Jeff, usted no ha podido…

—Sí, soy el causante de la muerte de Carla Shainee.

CAPÍTULO XI

Bannister estaba sentado en una silla, abrumado por lo sucedido. Janice se inclinó sobre él.

—Usted no tiene culpa alguna —dijo, a fin de darle ánimos—. Lo único que hizo fue cambiar dos personas de sitio. No es por alabarme, pero ¿acaso preferiría que hubiera sido yo quien hubiese ido a parar a la bañera llena de ácido?

El joven hizo un esfuerzo por levantar la cabeza.

—Eso es cierto —convino—. Sin embargo, yo debí actuar de otro modo…

—¿Qué otro modo? Usted me encontró narcotizada. ¿No pensaban ellos «disolverme» en el ácido, para que no quedase el menor rastro de mí? ¿No se le ocurre pensar que su amigo Richard Burns corrió la misma suerte que Carla…? ¿Qué me dice de Charlene Brigh? ¿Y Mary Burns, que sirvió de modelo para la Ondina? Tal vez esas chicas, pero sobre todo Mary, lo pasaron mucho peor, puesto que ahora ésta se encuentra dentro de una estatua de metal.

Bannister se puso en pie.

—Tiene usted razón —exclamó—. Es preciso que acabemos de una vez con este antro de crímenes.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó la muchacha.

De repente se oyó un terrible alarido.

Bannister y la muchacha miraron hacia la puerta. Al otro lado sonaban pasos precipitados.

—Janice, al baño —ordenó él.

La chica corrió a ocultarse. Zadd apareció en el vestíbulo.

—¡Stan! ¿Qué diablos sucede? —gritó.

—Ella… su fantasma… está en mi cuarto… ¡Es horrible!

Zadd echó a correr y subió las escaleras de dos en dos. Instantes

después, se volvía para mirar al sujeto despreciativamente.

—Imbécil —le apostrofó con dureza—. No es más que un fantasma de pacotilla, si es que se puede llamar así a un conjunto de huesos con algo de piel.

—Pero ella…

—Su cuerpo ha quedado completamente disuelto. Plácido ha ido a parar por el desagüe, al arroyo. Alguien le ha querido gastar una broma, Stan, no le quepa la menor duda.

—Sí, pero ¿quién?

Los ojos de Zadd fueron hacia la puerta del dormitorio de Bannister.

—Yo sé quién ha sido, pero no se preocupe; pronto recibirá su merecido —contestó—. Vamos, es preciso encender el horno.

Gillespie sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—La verdad, cada vez siento más miedo.

—No sea tonto —gruñó Zadd—. Sólo se siente miedo de los vivos.

—Es que la gente de la aldea dice que aquí habitaba un fantasma…

—¡Bah, consejos de vieja! Los fantasmas no existen. ¡Vamos!

Momentos después, Bannister se acercaba al cuarto de baño.

—Janice, ya puede salir —dijo.

La muchacha se hizo visible.

—¿Y ahora? —preguntó.

Bannister sonrió.

—Trato de meterles el miedo en el cuerpo —dijo—. Voy a ver si consigo darles otro susto.

—Sí, pero ahora ya no me separaré de usted —aseguró ella.

—Está bien, venga conmigo.

Salieron de la habitación y entraron en la de Gillespie. Janice sufrió una fortísima impresión al ver el esqueleto.

—Es aterrador…

—Pues ahora, imagínese lo qué pensé yo cuando lo vi a mi lado, al despertarme —dijo él.

Cargó con el esqueleto y caminó a lo largo del corredor, deteniéndose junto a la trampilla. Tras señalar a la muchacha lo que debía hacer, se arrodilló y aguardó a que Janice hubiese abierto lo suficiente para poder pasar su fúnebre carga a través del hueco.

Bannister echó una ojeada al subterráneo, Zadd no estaba a la vista. En cambio, Gillespie estaba casi debajo de ellos, limpiando la bañera de piedra con el agua a presión que salía de una manguera.

De pronto, Bannister puso el esqueleto sobre la rampa y lo dejó ir abajo. El esqueleto resbaló, chocó contra el suelo y se deshizo en una explosión de huesos que arrancó un aullido de terror de la garganta de Gillespie.

La manguera que sostenía se desvió bruscamente y su chorro alcanzó de lleno a Zadd, quien maldijo obscenamente. Pero Bannister y la muchacha ya no podían ver la escena, puesto que habían escapado apenas arrojado el esqueleto a través del escotillón.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Janice.

Bannister agarró su mano.

—Venga —contestó escuetamente.

Abajo, Gillespie emitió un lamento:

—A mí me va a dar algo.

—No sea idiota —gruñó Zadd, quien también se sentía muy nervioso—. Simplemente, quieren tomarnos el pelo, pero no van a ser ellos los que lancen la última carcajada.

—Esto no da ganas de reír, precisamente.

Gillespie empujó los huesos con el pie.

—¿No será éste el esqueleto de la antigua dueña de la casa? —preguntó—. Creo que se llamaba Colleen Stuart y que murió estrangulada por su marido.

—¡Stan, cállese de una vez! —aulló Zadd.

—Pero… es que yo sólo repito lo que oí en la aldea. Eso fue hace casi veinticinco años y el esposo de la señora Stuart la estranguló porque sospechaba que le era infiel con el jardinero.

—Eso no es cierto —contestó Zadd hoscamente.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sé y basta. Vamos, termina con esa maldita bañera de una vez.

Gillespie lanzó una mirada oblicua al individuo que estaba al otro lado del subterráneo, junto a un enorme crisol en el que había cierta cantidad de metal que ya empezaba a fundirse. Gillespie empezó a pensar si no resultaría conveniente poner pies en polvorosa antes de que fuese demasiado tarde.

En el ático, Bannister y la muchacha devoraban unos bocadillos, que él había conseguido capturar en una rápida incursión efectuada en la cocina. También bebían de un termo con café, aunque ya empezaba a notar la incomodidad de la baja temperatura que había en aquella parte del edificio.

—No sé cómo puedo comer, después de lo ocurrido —dijo él, cuando ya terminaba.

—Primero, tiene que alimentarse. Segundo, usted no es culpable —manifestó la muchacha.

De repente, un peldaño de la escalera crujió cerca de ellos.

Janice volvió la vista. Bannister sacó la pistola. Estaba descargada, pero su vista podía impresionar a cualquiera.

Otro peldaño crujió. Una sombra alargada penetró a través de la puerta del ático.

Bannister alzó la mano armada.

—Si viene en son de guerra, sea quien sea, será mejor que se rinda antes de qué sea demasiado tarde. Tengo una pistola —anunció.

—No dispare, por favor, señor Bannister —sonó la voz angustiada de Lucy Gillespie.

* * *

La señora Gillespie, sentada en una vieja silla, junto a la pareja, aceptó la taza de café que le tendía Janice.

—Gracias, señorita —sonrió—. Apuesto a que los dos pensaron que era el fantasma de la señora Stuart.

—¿Qué fantasma? —preguntó Bannister.

—La dueña de la casa se casó hace casi treinta años con Malcolm Stuart. Era una joven encantadora y amable, pero, desgraciadamente, su esposo resultó ser muy celoso. Un día, a los pocos años de casados, la estranguló, por sospechas de infidelidad. Yo no lo sabía hasta hace poco, claro, pero me lo contó una vieja de la aldea que vivía aquí cuando ocurrió aquel terrible suceso. Shammax Village ha quedado casi despoblado desde entonces, pero algunos de los que viven allí todavía, hablan del fantasma de Colleen Stuart.

—Y ese fantasma vive aquí, naturalmente —dijo Bannister.

Lucy hizo un gesto de asentimiento.

—Según dicen las gentes del pueblo, la señora Stuart sólo volverá a la tumba cuando su asesino haya sido castigado.

—El esposo desapareció, por supuesto —terció Janice.

—Sí, y no se ha vuelto a saber más de él desde entonces. La casa permaneció deshabitada largo tiempo. Luego la ocupó un matrimonio durante un par de años. Después se marcharon y ya no vino nadie hasta que la señora Shainee montó aquí su taller de arte, hace cosa de dos años o quizá un poco más.

—La señora Shainee vino aquí con Rex Zadd, supongo —dijo Bannister.

—Sí. Unas semanas más tarde, mi marido compró la taberna. Yo me opuse, pero él no quiso hacerme caso, Señor Bannister, tengo miedo de que Stan se haya metido…

—¿Le quiere usted? —preguntó el joven.

—Mi matrimonio fue un error, ahora lo veo —contestó Lucy.

—Ciertos errores se pueden reparar —dijo Janice.

—Pero le temo… En ocasiones me ha pegado.

—Señora Gillespie, ¿por qué está aquí? —preguntó el joven.

—Stan me llamó. Dijo que me necesitaba como modelo.

Una mujer bastante atractiva todavía, simpática y agradable, pero muy débil, pensó Bannister.

—Usted no posará para ellos —aseguró.

—Yo tengo un miedo horrible —confesó Lucy—. Aquí han debido de pasar cosas horribles.

—Puede estar segura de ello, señora Gillespie.

Janice contemplaba el paisaje a través de una de las ventanas que sobresalían del plano inclinado del tejado. De pronto, se volvió hacia el joven.

—Jeff, ¿qué vamos a hacer? —preguntó.

Bannister se sintió un tanto irresoluto.

—Deberíamos marcharnos.

Vino el silencio. Realmente, lo mejor era abandonar la casa, pero ¿no escaparían también aquellos dos criminales?

De pronto, Janice reparó en un paquete de revistas que había en el suelo, atado con un cordel. La que estaba en primer lugar tenía un retrato de mujer en la primera página. Janice se acuclilló, leyó el pie y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bannister.

Ella forcejeó para desanudar el cordel. Bannister corrió en su ayuda y lo rompió de un tirón. Entonces, Janice cogió la revista y se enderezó.

—Mire, ésta era la señora Stuart —dijo.

—Muy guapa —elogió Bannister.

Janice hojeó el interior de la revista, cuyas páginas estaban ya amarillas por el paso del tiempo. En una de ellas encontró repetido el retrato de la mujer asesinada y de su esposo.

—Esta cara… —murmuró Janice, pensativa. De súbito, exclamó —. Jeff, ¿tiene un lápiz?

—Sí, claro…

Ella tomó el lápiz y pintó un bigote y una barbita en punta sobre el rostro masculino. Bannister lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Es increíble! —dijo—. Parece Zadd.

—Zadd es Stuart —afirmó Janice, muy satisfecha.

—¿Por qué lo ha adivinado? ¿No se da cuenta de que ese descubrimiento es una terrible imprudencia?

Bannister, Janice y Lucy se quedaron helados.

La voz sonaba en la entrada y pertenecía al hombre que se hacía llamar Zadd.

Bannister se volvió, a la vez que metía la mano en el bolsillo de su chaqueta, para sacar la pistola. Pero contuvo el gesto cuando vio que Zadd ya tenía una en su mano derecha.

Era preciso dar por sentado que la pistola de Zadd estaba cargada.

* * *

—Sí, ha sido un descubrimiento sorprendente —dijo Bannister, tratando de aparentar serenidad—. En usted se ha cumplido el dicho: «El asesino, tarde o temprano, vuelve al lugar de su crimen».

Zadd se encogió de hombros.

—Eso ya no cuenta ahora —contestó—. Han pasado demasiados años. Aquel delito ya ha prescrito; no pueden perseguirme.

—¿Ha prescrito también en su conciencia?

—La conciencia es un estorbo —respondió el asesino cínicamente.

—Son opiniones —dijo Bannister con calma—. Por cierto, ¿cómo debemos llamarle, Zadd o Stuart?

—Zadd, Stuart era el nombre que usaba entonces.

—Tal vez previendo que un día debería recobrar el auténtico, para dejar de usar el falso.

Zadd se encogió de hombros.

—¿No cree que son elucubraciones sin interés? —dijo.

—Oh, sólo sentía curiosidad… ¿De veras era infiel la señora Stuart?

El rostro del sujeto se convulsionó.

—Han pasado muchos años desde entonces —contestó roncamente—. ¡Vamos, es preciso que acabemos de una vez!

—Acabar con los tres de una vez, claro.

La pistola se movió amenazadoramente.

—Salgan —ordenó Zadd—. Dispararé contra el primero que desobedezca mis órdenes.

—Será mejor que hagan todo lo que él mande —aconsejó Bannister a las mujeres.

Al pasar junto a Zadd, Lucy, inesperadamente, tuvo un arranque de genio.

—El fantasma de su esposa saldrá un día de la tumba y hará lo mismo que hizo usted con aquella infeliz mujer —exclamó con vehemencia.

La mano de Zadd se crispó un instante sobre la pistola.

—Señora, si despega otra vez los labios, se los cerraré de un tiro —dijo.

—Cállese, Lucy —ordenó Bannister.

En silencio, descendieron al subterráneo, cuya puerta se hallaba en la amplia cocina, oculta tras un gran armario; que giraba con facilidad, Bannister comprendió que Zadd había elegido aquella casa, debido a que conocía todos sus menores recovecos.

En aquel subterráneo había varias estatuas terminadas ya, indistintamente de hombres y mujeres. Bannister divisó un enorme cuenco de material refractario, en el que humeaba una pasta de color rojizo oscuro. Bajo el crisol se divisaban las llamas de un fuego de carbón de piedra muy intenso.

Una gran chimenea de campana metálica conducía los humos al exterior. Bannister divisó también otras cosas, incluida la rampa y la enorme bañera en la que horas antes se había disuelto el cuerpo de Carla. También pudo ver un buen número de sacos de papel, que

contenían, supuso, yeso u otra materia similar para tomar los moldes de los cuerpos que luego habían sido convertidos en estatuas.

En un rincón divisó un montón de huesos. ¿A quién había pertenecido aquel esqueleto?, se preguntó.

Gillespie respingó al ver a su esposa.

—¡Lucy! ¿Qué diablos haces aquí? —gritó.

Ella le miró con inmenso desprecio.

—Sé que voy a morir, pero ya no te temo —contestó—. Un día u otro, Dios te exigirá el pago de tus crímenes.

—Cierra el pico, maldita tonta.

—Cállense los dos —ordenó Zadd—. Es preciso que acabemos cuanto antes este asunto.

—Tres muertes más, ¿eh? —dijo Bannister.

—Sí —confirmó Zadd fríamente.

CAPÍTULO XII

Janice lanzó un gemido. Bannister pasó un brazo sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Zadd, ¿de veras cree que sus crímenes van a permanecer eternamente impunes? —preguntó.

—Pienso abandonar el país. Tengo dinero. Me iré muy lejos, donde nadie pueda encontrarme. Los únicos que podrían causarme algún perjuicio son ustedes, si ahora pudieran salir de esta casa. Pero eso no ocurrirá —contestó Zadd sin alterar el tono de su voz.

—En esta siniestra casa ha muerto demasiada gente. Eso es algo que, tarde o temprano, tendrá que salir a la luz.

El asesino se encogió de hombros.

—Cuando eso suceda, yo estaré muy lejos —insistió.

—Sin Carla, claro.

—¡Usted la mató!

—Yo no la arrojé al baño de ácido —contestó Bannister.

—Pero cambió…

—Por supuesto que cambié el contenido del saco. Ciertamente, no supuse lo que iban a hacer, pero, aun así, prefiero que siga viva una mujer inocente. ¿Lo comprende ahora?

Zadd le miró torvamente.

—Carla murió, pero usted verá a esa mujer disolverse en el baño de ácido —contestó.

Janice lanzó un gemido. Gillespie protestó:

—¡Diablos, jefe, eso es muy fuerte! No me obligue a ver otra vez un espectáculo semejante.

—Calla o te pego un tiro —aulló Zadd descompuestamente—. Tú harás lo que yo te ordene, ¿me oyes? Estás metido hasta el cuello en este asunto y tienes que seguir hasta el final.

—Ese hombre tiene razón, Stan —habló Lucy, extrañamente

serena—. Tu deber es obedecerle, para eso te paga.

Loco de ira, Gillespie avanzó hacia su mujer y levantó la mano, pero Bannister se interpuso oportunamente.

—No la toque —dijo.

—Atrás, Stan —ordenó Zadd.

—Obedezca —sonrió Bannister.

Gillespie retrocedió, con la furia en el rostro.

—Luego me divertiré —aseguró.

—Seguro que se reirá mucho cuando me vea disolverme en el ácido —dijo el joven.

—No —exclamó Zadd—. A usted le reservo otro género de muerte. Y quizá más rápida.

—¿Una bala?

Zadd señaló con la cabeza hacia el crisol situado al fondo.

—Irá a parar allí —dijo—. Cuando el metal se enfríe, nadie podrá encontrar su cuerpo.

—¿Y Lucy?

—En la bañera hay sitio para dos cuerpos.

Lucy lanzó un grito de horror y se tapó la cara con las manos. Bannister meneó la cabeza.

—Es difícil concebir que haya una mente tan perversa como la suya —dijo—. ¿Quién es usted? ¿El diablo?

Zadd se echó a reír.

—El diablo no interviene en estas cosas —respondió.

—Sobre eso habría mucho que decir. Por cierto, tengo curiosidad por saber una cosa.

—Hable, le permito hacerme una pregunta.

—Ahí veo algunas estatuas. La de esa mujer tiene un rostro muy semejante al de Wanda Cathoon. ¿Acaso esta ella adentro?

Zadd emitió una maligna sonrisa.

—¿Me cree tan estúpido? —contestó—. El metal podría resquebrajarse y entonces se sabría la verdad. No, Wanda, como Carla, marchó por el desagüe.

Bannister sintió náuseas.

Había visto salir por la cloaca un líquido repugnante, que hedía de manera horrible. Aquel líquido estaba compuesto por el ácido y las sustancias orgánicas del cuerpo de Wanda.

Zadd señaló un molde dividido en dos mitades longitudinales.

—Wanda estuvo ahí —dijo—. Después de obtener el molde de su figura, disolví el cuerpo por medio de ácido. Luego bombeé el líquido hasta el desagüe. Por supuesto, antes de tomar el molde, el cuerpo del modelo recibía un tratamiento que lo endurecía, a fin de que sus contornos se imprimiesen con todo detalle en la sustancia que me servía posteriormente de molde para la estatua, No es yeso exactamente, sino una especie de cemento de mi invención, mucho más consistente, por supuesto, pero también más seguro.

—Sí, eso es lo que estoy viendo. Pero no comprendo el papel de Carla.

—Si el artista hubiera sido yo, podría haberme visto en dificultades a causa del desgraciado asunto de la señora Stuart. Una mujer, joven y hermosa, resultaba más atractiva para el público.

—Usted prefería permanecer en la sombra.

—Exactamente. Carla era una buena escultora, pero nunca hubiese logrado la fama de no ser por mí.

—Y por ese metal que usted hace creer es el oricalco de la Atlántida.

Zadd lanzó una risotada.

—Los *snobs* están dispuestos siempre a creerse las mayores estupideces —contestó—. Es bronce y de baja calidad —añadió cínicamente.

—Total, que además de asesino, es usted un estafador —dijo Janice, sin poder contenerse.

—El material no será bueno, pero la obra de arte es real —protestó Zadd orgullosamente.

—Y, además, avaro, porque podría emplear mejor material y ha escatimado el dinero miserablemente —calificó la muchacha con acento despectivo.

—Bueno, pero ¿hasta cuándo vamos a seguir así? —Gruñó Gillespie.

Zadd se volvió hacia él.

—Stan, hasta ahora ha vivido usted poco menos que como un parásito —dijo—. ¿Por qué no empieza a comprometerse un poco?

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó el sujeto.

—Muy sencillo: a usted le toca arrojar al señor Bannister al crisol.

* * *

Un profundo silencio siguió a las palabras pronunciadas por el individuo. Janice se sentía nerviosísima.

Gillespie movió los pies en el suelo.

—¿Yo? —dijo roncamente.

Zadd le apuntó con su pistola.

—Hágalo o le pegaré un tiro —amenazó.

—Muy bien, si usted lo manda…

—¡Un momento! —exclamó Bannister.

Zadd se volvió hacia él.

—¿Qué desea ahora? —preguntó de mal talante.

—Veo ahí una botella —dijo el joven—. ¿No me daría un traguito? La última copa del condenado a muerte, por supuesto.

—Yo también necesito un trago —suspiró Janice.

—Está bien, beban —rezongó Zadd.

Pero se retiró un par de pasos.

—Si está pensando en lanzarme la botella, como sospecho, olvídelo. Dispararé antes de que pueda hacerme nada —dijo.

—Sólo pensaba beber —contestó Bannister, conteniendo el mal humor que sentía al darse cuenta de que Zadd había adivinado sus intenciones.

Destapó la botella y tomó un trago. El vino tenía un sabor demasiado dulzón, para sus gustos personales, pero era bueno.

Janice bebió también. Lucy, tan amedrentada como los dos jóvenes, tomó su correspondiente sorbo. Subconscientemente, pensó que quizá Bannister quería ganar tiempo para salvarles de aquella crítica situación.

—Está bien —dijo Zadd de pronto—. Stan, haga lo que he dicho.

Gillespie se acercó al joven.

—Bannister, no se resista —gruñó.

—Vamos al baño —contestó el joven jovialmente.

Echaron a andar hacia el crisol. Janice se volvió de espaldas, no quería presenciar la horrible muerte que iba a sufrir el joven en aquel enorme caldero lleno de metal fundido.

Los dos, hombres llegaron a las inmediaciones del crisol, cuyo borde superior se hallaba situado a menos de un metro del suelo. El metal burbujeaba sordamente. La temperatura era elevadísima.

—¡Ya! —gritó Zadd al fondo.

Gillespie se abalanzó contra el joven, tendiendo los brazos hacia

adelante, a fin de lanzarlo al crisol de un empujón. Bannister, desesperado, saltó en sentido lateral.

Se oyó un horrible alarido. Fallado el golpe, Gillespie perdió el equilibrio y se inclinó hacia adelante.

Frenéticamente, intentó evitar la caída, pero no lo consiguió. El impulso que había tomado era demasiado fuerte y la mitad superior de su cuerpo se hundió en la mesa de metal en fusión. Su grito de terror quedó súbitamente cortado.

Bannister, aterrado, retrocedió, viendo aquella mitad inferior de un cuerpo humano, cuyas piernas se agitaban epilépticamente. Pero casi de golpe, los movimientos cesaron.

Medio cuerpo cayó al suelo. Un horrible olor a carne quemada invadió el ambiente, pese al tiro de la chimenea. Bannister se sintió enfermo al ver aquellos horribles despojos y volvió la cabeza a un lado.

Zadd estaba atónito. Durante unos segundos, se olvidó de que tenía una pistola en la mano.

De súbito, Janice, reaccionando, le pegó un tremendo empujón con ambas manos, tirándolo al suelo. Zadd cayó a dos pasos del montón de huesos.

En aquel momento se oyó un tétrico castañeteo, una especie de tableteo que no parecía hecho por instrumentos construidos por la mano del hombre.

Zadd se incorporaba en aquel momento, blasfemando espantosamente. Janice, valerosa, había lanzado la pistola de un puntapié, lejos de su alcance.

Bannister corrió hacia el arma, pero algo le detuvo, clavando sus pies al suelo.

Los huesos del esqueleto se unían, buscando por sí solos sus coyunturas naturales.

En unos segundos, el esqueleto se puso en pie.

Lucy se desmayó. Zadd vio aquella horrible escena y retrocedió.

Los huesos del esqueleto se recubrieron de carne. La cara apareció sobre la calavera. Creció el pelo, haciéndose una melena larga y sedosa. Los ojos, muy azules, brillaban fosforescentemente.

Un hermoso cuerpo apareció ante los ojos de los espectadores de tan singular escena. Apenas unos velos cubrían las formas de diosa de aquella figura de mujer.

—¡Colleen, no! —gritó Zadd con voz quebrada por el horror.

La mujer avanzó hacia él. Zadd parecía incapacitado para moverse.

De pronto, las manos de la mujer se alargaron, cerrándose en torno al cuello del asesino. Se oyó un ronco bramido.

Durante unos momentos, Zadd se debatió como un poseso, intentando soltarse de aquel dogal que ceñía su cuello con presa indestructible. Luego, lentamente, cayó al suelo, se agitó un poco y murió con la lengua fuera.

Casi en el mismo instante, el cuerpo de Colleen Stuart desapareció. De nuevo se vio su esqueleto.

Unos segundos después, los huesos se soltaron y, repiqueteando tétricamente, cayeron en informe montón. Bannister lo veía todo como a través de un velo muy denso. Aun así, pudo darse cuenta de que las dos mujeres yacían en el suelo, seguramente, pensó, desmayadas por el terror.

Y él, a su vez, también perdió el sentido.

* * *

—¿Había alguna droga en el vino que bebimos poco antes de que sucedieran aquellas cosas tan horribles? —preguntó Janice días más tarde, en la residencia de Farndon Woods.

Bannister contempló pensativamente la copa de jerez que tenía en las manos.

—Tal vez —admitió—. No olvidemos que Zadd empleaba muchas drogas, lo mismo que Carla consigo misma. Quizá ella quería olvidar y recurría a ese procedimiento…

—¿A qué horrible sujeción la sometía aquel diabólico individuo?

—Quizá no lo sepamos nunca. Puedo calcular, sin embargo, que Carla poseía una mente muy débil, en contraste con la de Zadd. En casos así, siempre hay un sujeto dominante, aun sin necesidad de drogas.

—Sí, pero ¿por qué hacían esas cosas?

—Zadd tenía una personalidad muy compleja. Era megalómano, egocéntrico… y al mismo tiempo, introvertido, puesto que no figuraba públicamente como el artista que realizaba las estatuas. Pero se satisfacía con el conocimiento de los elogios que se vertían sobre las obras de arte.

—Hechas con la muerte de tantas víctimas.

Bannister pensó en la simpática Charlene Brigh, en la voluptuosa Wanda Cathoon, en la dulce Mary Burns, a quien no había conocido… y también en su buen amigo Richard Dodd, cuya ausencia tanto añoraba Helen Brownell.

También habían desaparecido muchos otros, a los cuales ni siquiera había llegado a conocer. ¿Qué demenciales pensamientos se habían albergado en el cerebro de Zadd?

—Jeff —dijo ella de pronto.

—¿Sí?

—Lo que vimos… me refiero a la aparición de Colleen Stuart ¿fue realidad o nos lo pareció debido a la droga que contenía el vino?

Bannister reflexionó unos momentos. Era un enigma que jamás podrían resolver.

—Lo único que puedo decir —habló al cabo—, es lo mismo que ha dicho el forense. Zadd murió estrangulado por unas manos que sólo tenían huesos, nada de carne.

Janice asintió. Sí, ella también conocía el informe forense. Era un misterio inexplicable.

—En todo caso, la leyenda se cumplió, ¿no te parece? —dijo.

Bannister pensó en los huesos que Zadd había desenterrado, para burlarse de la leyenda y de la infeliz esposa a la cual había estrangulado en un injustificado acceso de celos. La burla, que había querido proseguir más allá de la muerte, se había vuelto contra él, de forma sobrenatural.

—Sí, los restos de la señora Stuart descansan ahora tranquilos en su tumba —convino.

Luego miró a la muchacha y sonrió.

—Janice.

—Dígame, Jeff.

—Antes hemos hablado de un sujeto dominante sobre otro del sexo opuesto.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, a mí me gustaría ser un poco ese sujeto… con respecto a ti.

—¿Cómo?

—Soy partidario de la igualdad de sexos, por supuesto, pero el

marido siempre manda un poco más que la mujer.

—Suele ocurrir, en efecto.

—¿Probamos, Janice?

—¿Qué, Jeff?

—El matrimonio, claro.

Ella se puso en pie.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde? —preguntó él, sorprendido.

—A casarnos. ¿No me has pedido en matrimonio?

—¿Tienes prisa?

—¿Tú, no?

Bannister se echó a reír. Tomó la mano que le ofrecía la muchacha y caminó junto a ella hacia la puerta.

—Es la primera vez que me caso —declaró, al salir del edificio.

—Lo mismo me pasa a mí —contestó ella.

—Pero será la última vez.

—Eso espero, querido.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.